

200

BATALLA DE

1821 - 2021

COLECCIÓN BICENTENARIA

CORREO DE CARABOBO

• EQUIPO DE INVESTIGACIÓN CIUDAD CCS •

CARABOBO



200

CORREO DE CARABOBO

© Fundación para la Comunicación Popular CCS / Librería Digital CCS

Erika Farías

Alcaldesa de Caracas

María Isabella Godoy

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Edición al cuidado de Teresa Ovalles Márquez

Textos

José Roberto Duque

Kike Gavilán

Griselda Rada

Equipo de Investigación

Jesús Arteaga

Aldemaro Barrios Romero

Mercedes Chacín

José Roberto Duque

Leorana González

Gabriela Ibarra

Gustavo Mérida

Transcripción y correcciones

Carol Hernández

Mario Flores

Laura Nazoa

Diseño de portada

Tatum Gois

Diseño y diagramación

Leorana González

Depósito Legal

En trámite



CONTENIDO

- 5** | PRESENTACIÓN
ALDEMARO BARRIOS ROMERO
- 9** | SIGAMOS DERROTANDO IMPERIOS
- 15** | LA TRAMPA DE LA CORDIALIDAD
- 19** | LAS PENURIAS DE BOLÍVAR Y LA PICHIRREZ DE SANTANDER
- 25** | SOBREDOSIS DE AMOR
- 29** | EL ÚLTIMO CAÑONAZO
- 35** | DE MÚSICOS, SAQUEADORES Y BORRACHOS
- 41** | ASÍ PELEABA EL LIBERTADOR
- 45** | A TRES MESES DE LA CONFLAGRACIÓN
- 51** | LA HORDA DE SAQUEADORES HARAPIENTOS
- 57** | ABRIL: INTRIGAS Y CONSPIRACIONES
- 63** | BOLÍVAR Y ALGUNOS CASOS DE ESCLAVOS (I)
- 69** | BOLÍVAR Y ALGUNOS CASOS DE ESCLAVOS (II)
- 75** | LOS LIBERTADORES DEBIERON NEGOCIAR CON EL HAMPA ORGANIZADA
- 81** | LOS CARRERONES DE PÁEZ PARA ALCANZAR A BOLÍVAR
- 87** | UN CASO BICENTENARIO DE CORRUPCIÓN
- 93** | EL BOVERO QUE SALVÓ A PÁEZ
- 99** | LAS BATALLAS ESPIRITUALES
- 105** | ASÍ COMENZÓ LA DESTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO ESPAÑOL
- 111** | EL IMPERTÉRRITO CORONEL Y SU ESCUADRÓN SAGRADO
- 117** | SOLDADOS DESCONOCIDOS
- 123** | ENTRAMOS EN OTRO BICENTENARIO



A MANERA DE PRESENTACIÓN

ALDEMARO BARRIOS ROMERO

¿Qué significación tiene colocar en la memoria colectiva una publicación como el Correo de Carabobo en tiempos cuando nos obligan a resistir, desde nuestras entrañas, los embates de un bloqueo en una Venezuela sitiada por las fuerzas imperiales?

La primera es que se trata de un acto heroico que nosotros mismos no reconocemos porque nos ocupa la cotidianidad del trabajo y la sobrevivencia a las hostilidades diarias. Acto heroico de un equipo múltiple en busca de la noticia histórica por medio de un proyecto cuyo objetivo y fin fue el acompañamiento, en tiempo real, de una fecha extraordinaria como el Bicentenario de la Campaña de Carabobo y su hito histórico, la batalla del 24 de junio de 1821, con causas y consecuencias en la Independencia de Venezuela y del continente suramericano más allá del siglo XIX.



La segunda es que, teniendo claridad de objetivo, Mercedes Elena Chacín Díaz, cual generala en jefa patriota con unidad de mando sobre sus tropas de reporteros, escritores, cronistas, redactores, fotógrafos y pueblo, logró armar un equipo múltiple, conjunción de conocimientos, saberes *in situ* y referenciales, para desarrollar contenidos, relatos y gráficas, visitando y hurgando las trincheras actuales en el Campo de Carabobo, valga decir en las comunidades que hoy lo habitan, de donde vinieron las palabras, fotos e incluso audiovisuales que dieron forma a este libro, y que se “amplificaron” para darles dinamismo a las historias que aquí se relatan.

Y la tercera, quizás una razón medular, fue el método usado para construir una narrativa distinta, reveladora e insurgente en el sentido de visiones diferentes, observadas desde la diversidad, con ángulos disímiles al relato histórico y periodístico tradicional. Ese equipo, donde se incluyen productores, choferes, mensajeros, motorizados, recepcionistas y hasta la joven que llevó el café para las reuniones de planificación, hizo visibles a los actuales habitantes del Campo de Carabobo cuyas memorias, lo que ellos piensan, creen y hacen sobre lo ocurrido y lo que les ocurre hoy día, constituyen un documento espejo para vernos en la Venezuela de hoy.

El Correo de Carabobo trajo a la memoria reciente a protagonistas de una batalla del tiempo histórico de un pueblo en guerra popular, personajes memorables conducidos por Simón Bolívar, Santiago Mariño, José Antonio Páez, Ambrosio Plaza, Manuel Cedeño, Juan José Rondón y Pedro Camejo, entre tantos guerreros homéricos, pero también trajo al registro documental a protagonistas actuales de

nuestra realidad como los integrantes de la Comuna Nueva Batalla de Carabobo de allá, donde se batieron los tatarabuelos y tatarabuelas de Yasmín Álvarez, Sileny Ygarza, Carmen Delgado, Javier Villegas, Paola Guerra, Moraima Díaz, Amalia Pinto, Ana Acevedo, Zuleima Guerra, Leida Leal, Jesús Silva, Damaris Amoroso, Luis Castillo y Marcos Castillo, entre otros protagonistas actuales de este proceso revolucionario de rostros multitudinarios y de conversión social popular.

Ciudad Caracas fue y seguirá siendo la nave nodriza donde navegan los “partes” del Correo de Carabobo. En este trabajo se deja constancia de la necesidad de seguir mirando el pasado como hecho presente, consecuencial y en clave relevante para entender cómo somos hoy y cómo hemos de ser en el futuro largo por el que transitará la República que nos legaron desde hace dos siglos los combatientes de la Independencia, y de la cual tenemos pendientes asuntos fundamentales para nuestra existencia emancipada con la honra de nuestro pueblo como principal intérprete de las gestas de ayer y de hoy.

Aldemaro Barrios Romero



SIGAMOS DERROTANDO IMPERIOS

Hace exactamente 200 años (enero de 1821) los habitantes de este territorio, que hoy conocemos y nombramos con orgullo Venezuela (para entonces, en los labios de los libertadores éramos Colombia o el proyecto de Colombia) llevábamos acumulados once años de conflicto con España. Luego de un año de jugadas políticas y golpes de salón, estalló la década de confrontación efectiva y nominal contra aquel dispositivo imperial en decadencia, matizada por un episodio de pavorosa guerra social (finales de 1813 y todo 1814). En ese período todas las familias tenían uno o más muertos, desaparecidos o mutilados en su haber. La tercera parte de la población había sucumbido al espanto tectónico de la guerra, y las crónicas disponibles hablan del momento lúgubre, triste, inconcebible,



en que a los ciudadanos les tocaba salir a la calle a buscar algo de comida: había que esquivar los cuerpos de vecinos y desconocidos, en el trance de ser devorados por los zamuros y otros carroñeros.

Éramos una sociedad despedazada, herida hasta la médula por una de esas conflagraciones de las que parece que nunca será posible salir sino hacia algo peor. Pues aquella generación de fabricantes de nuestra primera independencia le torció las riendas a ese presunto destino fatal, con voluntad, resistencia y una insólita cohesión en torno a un liderazgo, y salió de allí con algo que hacía pocos años no tenía: un país, un retoño de patria, un territorio donde construir una República y unas instituciones.

En ese ámbito, donde vale la pena establecer paralelismos y comparaciones, es bueno empezar a detectar una de las identidades clave entre aquello que culminó o empezó a mutar en Carabobo (1821) y la Venezuela resistente de hoy (2021): aquella ciudadanía golpeada hasta el absurdo derrotó a un imperio, y esta otra, que también ha llevado y sigue llevando golpes, le va ganando la partida a otro.

Carabobo no es memoria marchita sino una entidad viva que ha desembocado en estas continuaciones. Hemos decidido entregar nuestros esfuerzos a la misión de humanizar a Bolívar, de despojarlo de esa aura de Dios o ídolo romano con que cierto discurso se empeña en embadurnar al venezolano más universal, y esto no se logra sino ubicándolo y comprendiéndolo en su dimensión más obvia, aunque desdeñada: el Libertador era un carajo brillante que se equivocaba; un sujeto imperfecto que tenía impulsos e ideas geniales; un tipo que cometía errores e injusticias en la misma



medida y profusión con que moldeaba hazañas sublimes. Quien quiera comenzar a entender cómo era en realidad ese Bolívar no tiene sino que mirarse al espejo: allí está un ser humano que se mete o es metido en problemas y es capaz de salir de ellos. Eso es “popularizar”: reconocernos como pueblo en un caballero a quien la guerra lo acercó irremediablemente a los excluidos y humillados de la historia.

“Popularizar” a nuestros héroes

En estos 200 años de la Campaña y Batalla de Carabobo (la batalla fue el desenlace; la campaña, todos los preparativos y circunstancias previas) nuestra misión, como equipo editorial, complementario de los muchos equipos y comisiones activadas desde los ámbitos institucionales, consistirá en emplear los espacios de esta página para acercar a nuestro pueblo y nuestra ciudadanía el conocimiento, el interés e incluso el disfrute del relato de aquella gesta heroica

No es solo Bolívar quien merece, o a quien nos merecemos, despojado del aura fatua de los santos y entidades metafísicas; la ciudadanía en pleno está hecha de héroes colosales. No toda la gente que construyó nuestra independencia lo hizo con una lanza o espada en la mano; la rotunda y aplastante mayoría, de hecho, lo hizo pasando penurias día a día: la batalla crucial de Carabobo fue un combate entre unas 15 mil personas, pero en el territorio que hoy se conoce como Venezuela había menos de 700.000 habitantes. Diez años atrás esa población era de 898.000. Más de 200 mil compatriotas fueron liquidados por la guerra, por las enfermedades y por el terremoto de 1812, solo hasta

1821; en esa década el terremoto social y político liquidaría a muchas más personas: que esa sociedad haya fundado después una sociedad distinta (y no solo una República), eso se llama heroísmo y resistencia, y esa es una hazaña tan grandiosa como cualquier escaramuza o estrategia armada. Así que esta sección tendrá por objeto visitar a los héroes, tanto a los militares como a los anónimos, a esa gente que padecía la guerra en su cotidianidad: la casa, el día a día, el campo de batalla de los seres humanos. Las sucesivas entregas de esta página, que reconstruirán semana a semana los eventos de 1821, tienen por objeto vincular a niños y adolescentes, a gente con o sin vocación investigadora, con su historia, que es aquella que parece tan lejana pero que en realidad es un episodio más de esta otra: el aquí y ahora donde todos somos protagonistas.

Población. Antes de la Guerra de Independencia (1810) la población de Venezuela era de 898.000 habitantes. Después de Carabobo, se redujo a menos de 700.000 (datos de la Secretaría de Interior y Justicia).

El empleo de los medios para debilitar y confundir al enemigo no es un fenómeno reciente: acudiremos a bibliografía, a la prensa (fundamentalmente el Correo del Orinoco y la Gazeta de Caracas) para detectar los canales informativos y fake news de la época.



Bolívar pueblo

Nada o casi nada es “inocente” en Bolívar. Ser humano capaz de evolucionar entre aciertos y tropiezos, el caraqueño fue un aristócrata a quien el huracán de la Historia ubicó en la senda del más importante requisito para construir naciones, que es la incorporación del pueblo más pobre a un proyecto de emancipación. El Bolívar de 1810 a 1814 no estaba preparado para encarar esa verdad ni esa práctica. Pero el de 1815 en adelante sí: cuando Bolívar regresa de las antillas y de su escala en Haití ya no es un aristócrata sino un revolucionario.

El artífice de su acercamiento decisivo con el pueblo combatiente fue Páez, pero la tarea de igualarse con la tropa, con aquellos hombres que no concebían el respeto al jefe por miedo sino por reconocimiento del valor y la gallardía, esa fue tarea suya. Si no hubiera pasado el examen del afecto de sus guerreros hubiera terminado aplastado por sus propios hombres.



LA TRAMPA DE LA CORDIALIDAD

Las declaraciones de amistad de Bolívar con los generales realistas después de la entrevista de Santa Ana de Trujillo (noviembre de 1820) deben leerse como aquella declaración de Chávez: “Uribe, mi nuevo mejor amigo”. Aquellas cartas que siguieron a la famosa entrevista eran precisamente eso: declaraciones de profunda amistad, infidencias y revelaciones que cualquiera adivinaría inconvenientes e indiscretas hasta la peligrosidad. Acababan de firmar un armisticio e una ceremonia donde sobraron el vino y los abrazos, y Bolívar hiz de todo para parecer consecuente con ese discurso.

En 1821, por estas fechas, Bolívar le revelaba a De la Torre datos increíblemente íntimos que deberían calificar como confidenciales. Metido en el páramo con su ejército

en condiciones precarias, le escribe a su amigo-enemigo De la Torre, con quien habrá de enfrentarse en Carabobo pocas semanas después (y de paso, después de haberle hecho pasar la rabia de la rebelión de Maracaibo, que había roto el armisticio para declararse region pro independentista):

"...he tenido que determinarme a pasar por Barinas por atender a las tropas que allí están y van marchando hacia aquella provincia, no habiendo ya en esta víveres con que mantener ni aun hospitales. De suerte que me hayo en la necesidad de ir a sacrificar nuestras tropas a las calenturas de Barinas porque no perezcan aquí en medio de los horrores del hambre. Permítame usted, querido general, hacerle presente estas desagradables circunstancias para que acelere su marcha sobre Barinas y tomemos medidas capaces de evitar los males que pueda producir una situación desesperada de nuestra parte..." .

Bolívar, confesándole al general encargado de destruirlo, que ya está casi destruido, y que le dé un chancesito para ir a recuperarse.

Tan cerca del combate

Fueron varias las cartas en que Bolívar se dirigía en términos cordiales, así y mucho más, al general español; todos los días enviaba cartas desde su posición asegurándole que su interés era evitar que se rompiera la paz y estallara una confrontación. Después, en un alarde de grandeza o soberbia, le le pide más o menos en el mismo tono, por favor, que



se retire y que entregue Carora y otras ciudades, porque si no va a tener que destrozarlo él, con su ejército muerto de frío y de hambre.

El Libertador le escribiría más tarde a Perú De Lacroix:

“¡Qué mal han comprendido y juzgado algunas personas aquella célebre entrevista! (...) Jamás durante todo el curso de mi vida pública he desplegado más política, más ardid diplomático, que en aquella importante ocasión (...) con mi política y mi diplomacia, bien cubierta con una grande apariencia de franqueza, de buena fe, de confianza, de amistad, pues es bien sabido que nada de esto podía yo tener para [Morillo], y que ninguno de aquellos sentimientos pudo inspirarse en una entrevista de algunas horas. Apariencias de todo esto es lo que hubo, porque es de estilo y de convención tácita entre diplomáticos, pues ni Morillo ni yo fuimos engañados sobre aquellas demostraciones; solo los imbéciles lo fueron y lo están todavía”.

Ambrosio Plaza

El general caraqueño fue uno de los más activos en los meses previos a la acción de la batalla grande, y ficha principal de esa acción guerrera. En noviembre de 1820 forma parte de la comisión que va a reunirse con el general español Pablo Morillo, para preparar el encuentro con Bolívar de cara al Armisticio y el Tratado de Regularización de la Guerra.

Luego lo vemos destacado en varios frentes, activo en la campaña de Carabobo. Unos días antes de la batalla es designado por Bolívar para comandar una de las tres divisiones del Ejército Libertador. Ya ganado el combate, se lanza en persecución del Primer Batallón del Valencey, cuerpo élite del ejército español, y muere de un disparo. Otro prócer, Manuel Cedeño, corrió la misma suerte frente al mismo batallón.

Paz aparente

La aparente luna de miel entre los ejércitos patriota y español duró formalmente desde diciembre de 1820 hasta el 28 de abril de 1821, pero nunca dejaron de ser frecuentes las escaramuzas y combates.

Ladrando

Bolívar a Santander (febrero 1821): “Los 60 mil pesos que Vd ofrece y dice que ya han salido, disponga Vd que se pongan a disposición de Urdaneta (...) Por aquí no se da un real a ningún oficial, están ladrando y hay la mayor economía”.

LAS PENURIAS DE BOLÍVAR Y LA PICHIRREZ DE SANTANDER



Desde Bogotá hasta Cúcuta marchó Bolívar en enero de 1821, y según las cartas que le dirige a Santander no estaba todavía seguro de si venir a Venezuela o lanzarse rumbo al sur, ya que en Guayaquil había movimientos que le interesaba capitalizar. El episodio de Maracaibo (rebelión e incorporación a la República) y otros movimientos de españoles y patriotas lo hacen tomar la decisión de ir acercándose a los Andes venezolanos. Sube a Mérida con intenciones de llegar a Trujillo y luego a Barinas. En esos páramos, acompañado de un ejército numeroso pero falto de apoyo económico, comienza una temporada de penurias.

Esto le escribe Pedro Briceño Méndez, secretario de Bolívar, al coronel Bartolomé Salom, desde Mérida:

“Ayer llegó aquí S.E. el Libertador y ha encontrado expuesto a perecer el batallón de Tunja por falta de subsistencia, que es imposible procurarse sino a costa de grandes esfuerzos y mayores sumas de dinero que no hay en las cajas del ejército. Importa pues y urge que haga V.S. seguir volando el dinero que se espera de Bogotá del cual quiere S.E. que no tome V.S. cantidad ninguna sino que venga íntegro al ejército...”.

Luego, al vicepresidente de Cundinamarca, Francisco de Paula Santander:

“Al paso que S.E. el Libertador se acerca al ejército siente los embarazos en que va a hallarse para hacer subsistir el ejército. Tanto esta Provincia como la de Trujillo están reducidas ya a la última expresión de miseria. Los habitantes no tienen de qué vivir, y para quitarles lo poco que les queda para dárselo a la tropa es muy necesario pagárselos a los subidos precios a que la carestía ha elevado todo. Resulta, pues, que siendo el ejército fuerte de más de seis mil hombres, necesita una enorme suma para subsistir miserablemente tomando sólo una ración mezquina (...) A principios de este mes decía el General Urdaneta que no quedaban sino cinco mil pesos que destinaba a la asistencia de los hospitales. En tal conflicto, S.E. no halla otro modo que el que V.E. le auxilie oportunamente, es decir, pronto, pronto con cuarenta o cincuenta mil pesos en las partidas que más cómodamente se puedan enviar, para que lleguen cuanto antes al ejército”.



Dos meses estuvo Bolívar escribiéndole casi a diario a Santander para que le enviara dinero. E incluso así se lo comunica a su propio rival, el general español La Torre. Todo indica que Santander jamás pudo o quiso enviar esos recursos, necesarios para la sobrevivencia de la tropa. En estos términos le escribía Bolívar en marzo:

“...dentro de dos días parto para Barinas a ver si encuentro modo de hacer subsistir allí las tropas, porque esto está destruido. Agradézcame usted el que no le hable de dinero, porque considero sus apuros, y porque entretanto espero los ciento cincuenta mil pesos que le he pedido” (en otras palabras: no te voy a hablar de dinero, pero págame).

A La Torre le describe con igual o más alta precisión su situación: “...he tenido que determinarme a pasar por Barinas por atender a las tropas que allí están y van marchando hacia aquella provincia, no habiendo ya en esta víveres con que mantener ni aun hospitales. De suerte que me hayo en la necesidad de ir a sacrificar nuestras tropas a las calenturas de Barinas porque no perezcan aquí en medio de los horrores del hambre”.

A Santander le insiste con el tema del dinero más tarde, de esta manera: “Me alegro mucho de los veinticinco mil pesos que vienen, si llegan”.

A juzgar por lo que sigue comentando el Libertador al transcurrir el tiempo, esos pesos nunca llegaron.

Mientras tanto, en oriente...

Mientras Bolívar intenta aproximarse al centro desde los Andes, envía instrucciones al oriente: debe organizarse una expedición desde Margarita, Bermúdez debe movilizar 500 hombres desde Cumaná hasta Tacarigua; en Capaya (Barlovento) debe estallar una insurrección. Allí debe esperar el general Monagas con sus tropas de Barcelona a las de Bermúdez. Zaraza debe marchar sobre Calabozo, buscando Villa de Cura, y una vez agrupado el ejército de oriente debe marchar sobre Caracas del 15 al 20 mayo rumbo a Aragua y Valencia. Las órdenes se cumplieron con pasmosa exactitud.

Ganaderos y comerciantes...

Mientras Bolívar colapsaba con sus hombres en el páramo, los ganaderos y comerciantes de Apure y Barinas se negaban a proporcionar más víveres al Ejército Libertador, con lo que la escasez de comida amenaza con diezmarlos más que la propia guerra. “Este ejército es un saco roto, donde entran todos los meses mil hombres y se vuelven a ir a sus casas, al hospital y al cementerio, a causa del clima, de la miseria y de la incuria”, le insiste Bolívar a Santander.



Lamento del desesperado

Bolívar a La Torre: “Todos los campos de la provincia de Barinas han sido incendiados por hombres malévolos, y en las de Mérida y Trujillo ya padecen de miseria sus moradores. En tal estado, ¿pretenderá V.E. que esperemos la muerte sobre nuestros fusiles, por no hacer uso de ellos?”.

¿Décima estrella?

Al liderazgo de Josefa Camejo en el frente de batalla se debió la incorporación de Coro a la Independencia, poco más de un mes antes de la batalla de Carabobo. Coriana de nacimiento, fue en Barinas donde desarrolló la mayor parte de sus no bien reconocidas acciones. Últimamente ha vuelto a trascender una célebre carta de un puñado de mujeres barinesas al gobernador de la Provincia de Barinas, Pedro Briceño del Pumar: “El sexo femenino, Señor Gobernador, no teme los horrores de la guerra, antes bien, el estallido del cañón no hará más que alentar, su fuego encenderá el deseo de libertad, que sostendrá a toda costa en obsequio del suelo patrio...”.

Responsable de la evacuación masiva de pobladores de Barinas hacia San Carlos ante una arremetida realista, en 1813, cumplió con la tarea asignada aunque en la misma acción murió su madre, ahogada en el río Santo Domingo. Sus restos simbólicos se encuentran en el Panteón Nacional desde el 8 de marzo de 2002; de los restos reales no se tienen noticias.

2000

SOBREDOSIS DE AMOR



Una cosa son los testimonios de venezolanos e incluso españoles que conocieron a Bolívar o tuvieron referencias muy cercanas de su carácter y personalidad; otra cosa muy diferente es leer lo que sobre él dijeron algunos sujetos totalmente distintos, extranjeros en todo el sentido de la palabra (por origen, formación y visión del mundo). Por ejemplo, un tal capitán Cowe. Así se hacía llamar un legionario o mercenario británico, de los muchos que se embarcaron para estas nacientes repúblicas con el fin de hacer la guerra, ganarse una plata y unas charreteras, o simplemente participar en una aventura al lado del legendario general Bolívar, del que todo el mundo hablaba en Europa en la segunda década del siglo XIX. Y mira que se ganó los reales y las charreteras este tipo. Llegado a Margarita en 1818,

acompañó a Arismendi y a Bolívar en varias batallas, combates y peripecias, incluyendo un curiosísimo viaje desde Bogotá a Angostura, con tránsito en precaria embarcación por el río Orinoco, con el Libertador y un pequeño grupo de colaboradores e indígenas. El inglés cuenta en un libro invaluable cómo fue que él mismo, Bolívar, O'Leary y un acompañante de apellido Fernández, fueron emboscados por varios escuadrones españoles; Bolívar se salvó de ser asesinado en una encerrona e incendio provocado en un pueblo ribereño, alcanzando de vainita la embarcación que esperaba en un muelle. Más adelante, acosados por enemigos, los cuatro tuvieron que empuñar las armas y matar a varios de ellos a tiros; Bolívar se llevó en los cachos a tres con asombrosa puntería y astucia.

Pero de las docenas de anécdotas contadas por Cowe, la siguiente es la que retrata al Libertador en un flanco más insólito y desconocido. Paréntesis: conste que el tal Cowe se declara en ese mismo texto decepcionado, porque la noche que conoció a Bolívar el hombre empezó a beber y a reírse a carcajadas de chistes o cuentos muy groseros no aptos para gente delicada: “La conversación con Bolívar tampoco me satisfizo porque esperaba encontrarla más elevada (...) su condescendencia y aun su aplauso para las conversaciones y gestos obscenos que ocurrieron durante el banquete, me desencantaron (...) todas esas circunstancias hicieron que fuera para mí motivo de desencanto el ser presentado a tan distinguida personalidad”.

Llegados a Angostura luego de tan accidentado viaje, Bolívar convoca al Congreso (diciembre de 1819), con un fin específico: matar diplomáticamente lo que sentía como un

alzamiento en puertas de parte de Juan Bautista Arismendi. Este y sus militares más cercanos habían destituido al vicepresidente de Venezuela, Francisco Antonio Zea, sin el consentimiento de Bolívar. Este, en lugar de proceder con mano dura como lo había hecho ya con Piar, se limitó a removerlo de su cargo y encargarlo de la jefatura militar del Oriente. El inglés se escandaliza entonces de que el Libertador haya saludado al general Arismendi al llegar, con grandes abrazos y besos en las mejillas, y que menos de 24 horas después, instalado ya el Congreso, lo destituyera y nombrara en su lugar a Urdaneta.

Justo antes de convocado ese Congreso, narra el inglés Cowe el revuelo que causó Bolívar en el pueblo: “La inmensa muchedumbre que se había reunido (...) lo aclamaba a cada paso. Al llegar a la escalinata el clamor fue atronador y el presidente se volvió hacia el pueblo para hablarle, y comenzó una vibrante oración que debía interrumpir a cada frase ante los gritos enloquecidos del pueblo, que le ofrecía su adhesión. Al fin, Su Excelencia exclamó: '¡Este afecto del pueblo me emociona enormemente!' Al decir estas palabras, cayó desmayado.

“El frenesí del pueblo por levantarlo, socorrerlo y hasta tocarlo fue tal, que el lujoso uniforme quedó hecho jirones y hubo de volver a vestirse de nuevo. Yo presencié en otra oportunidad igual cosa y oficiales que recorrieron con él Nueva Granada me han asegurado que al llegar a pueblos donde lo aclamaba la multitud, el presidente en el paroxismo de la emoción perdía el conocimiento, y que esto llegó a ocurrir hasta tres veces en un día”.

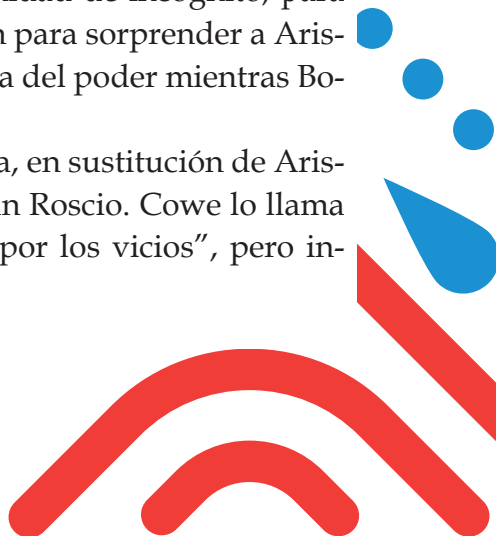
Testigo y protagonista

El libro del capitán Cowe (así está firmado) que recoge estas anécdotas se titula *Recollections of a service of three years during the war of extermination by an officer of the Colombian Navy* (Londres, 1828). Fue reeditado y retitulado en español, lacónica o tajantemente: *¡Guerra a muerte!* Fragmentos de esos testimonios están recogidos, junto con otros, en un volumen compilado por Juan Úslar (*Memorias de legionarios extranjeros en la Guerra de Independencia*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1988).

Dieciocho días duró el viaje desde Bogotá hasta Angostura (actual Ciudad Bolívar), incluyendo los atentados, enfrentamientos y emboscadas en el viaje por el Orinoco.

El Libertador viajó en esa oportunidad de incógnito, para despistar a los enemigos y también para sorprender a Arismendi y su grupo, enseñoreados ya del poder mientras Bolívar estaba en Bogotá.

Como vicepresidente de Venezuela, en sustitución de Arismendi, fue nombrado Juan Germán Roscio. Cowe lo llama “hombre envejecido y debilitado por los vicios”, pero incondicional de Bolívar.



EL ÚLTIMO CAÑONAZO

Aquella célebre batalla o acción de José Antonio Páez que ha pasado a los libros de Historia como “La Toma de las Flecheras” (6 de febrero de 1818) nos la han contado tantas veces de la misma manera que, cuando alguien aporta o rescata un dato pequeñito pero “novedoso” o fuera de registro, no deja de causar sus perturbaciones.

Vamos primero con un poco de contexto. Bolívar andaba a finales de 1817 por Angostura intentando aproximarse de alguna manera a Caracas, pero las circunstancias no ayudaban: Páez apenas calentaba los motores de su jefatura en el llano, a Bolívar lo habían oído nombrar por allá pero, como los guerreros no lo habían visto en persona ni sabían si el cambur verde manchaba (todo patiquín caraqueño era sospechoso)



no estaba del todo clara la máxima autoridad de la Independencia. Así que el Libertador, reorganizando o tratando de reorganizar un ataque decisivo en oriente, comenzó a mover sus fichas en el tabero buscando iniciar una ofensiva con los suyos mientras Páez avanzaba al mismo tiempo desde Apure.

Tan redondo plan se cayó debido al temperamento de otro grande, aquel Zaraza convertido ya en héroe legendario luego de matar a Boves en batalla: Bolívar le había ordenado crear guerrillas para fustigar a los realistas en varios flancos, pero el hombre decidió mandarse una batalla frontal contra De la Torre y la cosa terminó en tragedia. Derrotado Zaraza en un lugar llamado La Hogaza (batalla donde logró herir a La Torre y matarle a un general de apellido González Villa), el ejército patriota se desbandó, y Bolívar tuvo que replantearse todo. Organizó un reclutamiento masivo de todo bicho de uña que respirara en Guayana, de 14 a 60 años de edad, y con nuevo e improvisado contingente se dirigió al Apure, al encuentro con Páez.

Caballos en el agua

Nuevos planes: Bolívar y Páez y sus respectivos ejércitos se dirigirían juntos a Caracas a reconquistar lo que se había perdido. Con ese plan en las manos llegó el caraqueño a la cueva del león llanero. Luego de larga deliberación Páez reconoció la máxima autoridad de Bolívar, pese a las protestas de sus combatientes, en su mayoría malandros provenientes de las huestes dispersas que dejó Boves. “Que usted no tiene por qué dejarse mandar por ese mantuano”, le



decían, pero Páez decidió cederle la jefatura al líder natural. Ya habría tiempo de poner a prueba a aquel bicho raro que mandaba como aristócrata pero guerreaba como cualquier soldado.

Entonces, el episodio frente al río Apure. Los dos jefes y sus tropas estaban dispuestos a cruzar el río, y además tenían la necesidad o la obligación de hacerlo ya que su meta era Caracas. Pero estaba el detallazo: un montón de embarcaciones rápidas de las llamadas “flecheras”, custodiadas y tripuladas por realistas, en la orilla opuesta. Había que pasar por ahí o dejarlo todo de ese tamaño. Bolívar dijo: “Ah pues, ¿y no hay hombres en esta verga que tomen esas lanchas?”. Páez les hizo un gesto a unos cuantos de sus locos y produjo la conocida maniobra: caballería a plantear combate en el agua.

Páez y sus hombres avanzan a caballo, desde las flecheras les disparan con cañones y rifles pero no logran hacer blanco. Los llaneros siguen avanzando, sigue la lluvia de plomo pero nada que aciertan los tiradores. Cuando ya Páez y los bichos están demasiado cerca cunde el pánico entre los realistas, que se lanzan al agua y abandonan las flecheras, que son tomadas fácil y mansamente por los patriotas. Epa, pero ya va, que desde una última flechera continuaban disparando: esta es la parte que no nos contaron.

Así lo cuenta Robert Vowell, un legionario británico que estaba ahí al lado de Bolívar presenciándolo todo: “Los barcos así abandonados cayeron en poder de los intrépidos llaneros, que no encontraron en ellos otros enemigos que una mujer que había disparado contra los abordadores el último cañonazo”.

Campañas y cruceros

Así se titula el libro testimonial del legionario inglés Robert L. Vowell, del que tomamos textualmente el relato de lo que observó en la toma de las flecheras. Este fue uno de los tantos ingleses que lucharon en el bando de la Independencia.

De incógnito

Tal como en todas las batallas de la época y de la antigüedad, las mujeres que participaban en batalla lo hacían disfrazadas de hombres. Los reportes de Carabobo incluyen el hallazgo de cadáveres de féminas que lucharon sin haber sido formalmente aceptadas en el Ejército.

Caballos al agua

Ese planteamiento de combate, en que la caballería derrota a un cuerpo armado en embarcaciones, no es inédito, pero sí extremadamente poco común en la historia de la guerra



Concepción Mariño “Magnánima señora”

En el escenario definitivo del año de 1821, el hermano de Concepción Mariño era jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador, el general Santiago Mariño. Ella contribuyó con varios buques de su propiedad equipados con armas enviados desde Jamaica, a favor de la causa republicana, acción determinante para consolidar el triunfo en la Batalla de Carabobo que selló la Independencia de Venezuela. Así fue la contribución de esta insigne mujer a la patria venezolana, convirtiéndose en ejemplo de tenacidad viviente para las posteriores luchas de reivindicación femenina en los nuevos espacios de lucha.

Concepción Mariño, era oriunda del Valle del Espíritu Santo (1790-Nueva Esparta), provenía de una familia con larga tradición aristocrática, poseedora de bienes y propiedades. Concepción a los 20 años de edad, dejó a un lado lo característico del quehacer de la mujer mantuana, amante de los preceptos religiosos y la piedad como modelo de virtud, ella supo darle lugar específico a su rebeldía, desde 1813 recibió el nombramiento honorífico de “Magnánima señora”. Con la ayuda de sus esclavos desde Trinidad entre el cultivo de algodón y varios frutos, arriesgo todo y emprendió la organización y financiamiento para el contrabando y tráfico de armas, buques y pertrechos para la República.



DE MÚSICOS, SAQUEADORES Y BORRACHOS

Sucedió durante la Batalla de Calabozo, según cuenta Robert Vowell, legionario inglés que anduvo varios meses al lado de Bolívar.

Morillo, atrincherado en la ciudad con sus tropas, debió enfrentar el asedio de Bolívar y los suyos, incluido un buen contingente de lanceros y alta oficialidad. En las primeras escaramuzas los lanceros de Páez despedazaron en un pequeño monte de los alrededores a un grupo de unos 600 Húsares de la Reina, cuerpo de combate español; “cuando llegamos al campo de batalla (relata el inglés, que lo presenció todo al lado del Libertador) algunos soldados criollos estaban ocupados en cubrir su casi desnudez con los uniformes blancos y azul celeste de los infortunados...”. El resto de los soldados se retiró dentro de la ciudad para reorganizarse al mando de

su jefe máximo. Bolívar envió a un emisario para exigirle a Morillo la rendición y concederle el derecho a enterrar a los muertos. Morillo salió y mandó a fusilar al emisario; esto casi ocasiona una rebelión entre los patriotas, porque Bolívar en lugar de asaltar la ciudad en plan de venganza, ordenó esperar al día siguiente. La promesa de Bolívar de asaltar el poblado al día siguiente los mediotranquilizó un rato, pero en la mañana Morillo ejecutó un ataque sorpresa y exterminó a un regimiento a las órdenes de Manuel Cedeño estacionado en las afueras. Páez les cobró una parte de las ofensas con varias cargas de caballería, y de pronto los dos ejércitos estaban combatiendo fuera de las murallas. Hubo un receso de ambas partes, y la matanza paró unas horas.

El sabroso y peligroso aguardiente

En ese receso, un oficial escocés llegó a amenizar el descanso con tremendo cuento: en una exploración de las adyacencias descubrió a un español que intentaba llegar a la ciudad en un mulo que iba demasiado pesado. Alcanzado por el escocés, se arrodilló y pidió clemencia, diciendo que él era músico. Su captor le pidió una prueba de eso con que intentaba chapearlo, y el hombre sacó un clarinete y empezó a tocar una champeta, reguetón o bachata (el británico no especificó el género) lo cual le salvó la vida, ya que decidió llevarlo como trofeo a Bolívar y a la tropa. Bolívar celebró el relato con grandes carcajadas cuando el oficial le contó cómo hizo para ir en busca del mulo, que iba cargado de aguardiente, mientras dejaba al músico amarrado de un árbol y tocando su instrumento.



A medianoche Bolívar ordenó atacar e invadir la ciudad, cosa que Morillo previó o intuyó con tiempo y logró huir con el grueso de su ejército por un flanco. Pero su retaguardia, compuesta por unos 800 hombres, quedó atrapada y debió rendirse cuando entraron los republicanos.

El desenlace de esta acción arroja luces sobre una clave importante y para algunos quizá desconcertante, de la guerra, de todas las guerras. Ya Bolívar les había prometido a sus hombres enfurecidos permitirles saquear la ciudad y tomar lo que quisieran durante varias horas; aquella lógica que tanto se le reprocha todavía a Boves (permitirles a sus hombres que desparramaran sus bajos instintos) ocurrió plenamente en Calabozo.

El inglés Vowell revela un dato más en medio de ese datazo tremendo y todavía difícil de digerir para quienes quieren creen que la guerra es una cosa sublime cuando la ganan los nuestros. Dice que los oficiales patriotas se dedicaron, apenas entraron a la ciudad, a evitar que los soldados encontraran aguardiente en exceso: “como los oficiales se apresuraron a romper todas las botellas que contenían licores fuertes y a agujerear las botas de vino fue menos difícil restablecer el orden entre las tropas patriotas”.

Ah, pero esta campaña fue antes

“¿Qué tiene que ver esta guerra con aquella?”
Julio César. Comentarios sobre la guerra de las Galias

Toda esa acción de Calabozo y sus alrededores ocurrió entre el 12 y el 13 de febrero de 1818, esto es, tres años antes de Carabobo. Fue la acción más importante de la llamada Campaña del Centro. Justo después de este triunfo en Calabozo ocurrieron también una aproximación patriota al centro, buscando Caracas, y entrada triunfal a La Victoria. Los patriotas celebraban con tremenda fiesta este avance, junto con los habitantes del pueblo, cuando recibieron la noticia de que los realistas Morales y De la Torre venían cobrándose venganza desde la capital, habían liquidado a la caballería independentista (ni más ni menos, a los cuerpos comandados por Zaraza y Cedeño) y se aproximaban a La Victoria.

En plena noche y sin terminar la rumba de celebración, Bolívar, Urdaneta, su oficialidad y sus tropas debieron retirarse a toda carrera a los llanos. Una parte de la población debió huir también siguiendo a Bolívar, ya que caer en manos de los escuálidos (perdón, ustedes me entienden) en plena celebración chavista (esto también lo entendieron) era una sentencia de muerte. Son amargos los relatos de la población tratando de correr al ritmo del ejército, muriendo en la marcha hombres y mujeres por el cansancio, perdidos en los caminos, en medio del pánico.

Cuando por fin Bolívar decidió pararse porque ya los caballos no daban más, lo hizo en La Puerta, en ese callejón




macabro donde ya había sido derrotado por Boves en 1814. El Libertador tenía una filosofía: es mejor que un ejército muera peleando a verlo perecer por no poder huir más. Así que, destruido y en plena fuga, se plantó con los restos de su ejército en La Puerta, y allí planteó combate. Y no es una metáfora: esta vez le tocó participar personalmente en las escaramuzas. Entre los testigos de esa acción estuvo el mismo inglés que relató estos pormenores de la batalla de Calabozo.

Nuestro próximo capítulo: así peleaba Bolívar.



ASÍ PELEABA EL LIBERTADOR



Resumen de la semana pasada: Bolívar, Páez y el grueso de la oficialidad independentista con sus tropas desbarataron en Calabozo al ejército realista a las órdenes de Morillo, el más ilustre general español que pisó estas tierras. El realista huyó con su contingente hacia el este, buscando la población de El Sombrero, y hasta allá fueron a perseguirlos los patriotas. Morillo y su gente pasaron por San Juan de Los Morros, Villa de Cura y La Victoria, y siguieron avanzando, presumible o aparentemente hacia Caracas.

En La Victoria los patriotas se sintieron seguros y triunfantes, y organizaron un fiestón de los buenos, junto con los habitantes del pueblo, patriotas a rabiar.

El 15 de marzo de 1818 Bolívar se enteró de que Morales y De la Torre habían contra-

golpeado a la caballería de Zaraza y Cedeño más allá de San Mateo, y de que la masacre no había sido normal. Los realistas venían entonces repotenciados y arrasando con todo, bajo tremendo palo de agua, y mientras Bolívar y su Estado Mayor emprendían una retirada estratégica, el pájú de Urdaneta prolongaba la parranda en La Victoria. Llega Bolívar, le cuenta de la gravedad de la situación y a correr, hermano.

Buena parte de la población emparrandada decidió seguir al Ejército Libertador, que se replegaba hacia los Llanos, hacia el sur, y ahí comenzó un éxodo del que casi no se habla: la gente de La Victoria muriendo en el camino por agotamiento, frío, desesperación, y en el peor de los casos capturada por los españoles que venían a vengar sus derrotas. Los patriotas corrieron todo el día 16, y cuando ya los españoles alcanzaban y despedazaban a la retaguardia, Bolívar tomó la decisión de pararse y combatir.

La Puerta

El lugar en el que Bolívar decidió plantear pelea, con su ejército diezmado por el cansancio y los imprevistos, fue La Puerta, donde ya antes había sufrido derrotas ante Boves. El lugar es un valle estrecho, donde no había ninguna posibilidad de desplegar la caballería, lo mejor de los republicanos, así que había que fajarse. Y pues se fajaron. Ocurrió el 17 de marzo. Españoles de uniforme y llaneros semidesnudos: la coñaza tenía por objeto cruzar el pequeño río (los realistas) o impedir ese cruce (los patriotas). Los patriotas, aparte de precariamente calzados y vestidos, llevaban en su mayoría armas



improvisadas. El legionario inglés Robert Vowell relata: “ni siquiera teníamos instrumentos de música militar para animar a nuestros hombres”.

Bolívar llevaba, según el mismo testigo y protagonista, una gorra de piel de leopardo, y una pequeña lanza en cuya punta destacaba una bandera negra con una calavera blanca dibujada. Así vestido y armado Bolívar corría a lo largo de la línea de sus soldados participando en la pelea, animando, dando el ejemplo, incluso cuando estaba claro que los patriotas iban a perder esa batalla absurda. Y de pronto ocurrió un episodio muy revelador.

En las batallas siempre hay un abanderado, alguien encargado de portar el estandarte o bandera de su ejército, y es importante que ese personaje se mantenga firme, porque es el portador de la insignia de su equipo. Parece que en un momento el abanderado patriota entró en pánico y decidió huir del alcance del enemigo, y Bolívar en persona lo paró en seco con un golpe de su lanza. Agarró la bandera republicana, la lanzó en medio de las tropas enemigas y les dio a sus hombres una orden terrible: “Vayan a buscar esa mierda, y más vale que la traigan”. Era la máxima prueba para el honor de sus hombres.

Varios de ellos obedecieron la orden, mataron en combate a varios españoles y algunos murieron. Pero trajeron la bandera de regreso a las filas patriotas.

A las pocas horas del combate los patriotas que quedaron con vida debieron abandonar el valle y replegarse hacia el sur, hacia Parapara. Unas se ganan, otras se pierden: la Independencia no fue un camino derecho y sabroso de puras victorias (tampoco podía serlo la Revolución de este tiempo).

De La Puerta a Angostura

La nueva derrota en La Puerta dejó claro el inmenso poder de recuperación de los patriotas; el repliegue hacia los Llanos fue rápido y efectivo, y en menos de un año se celebraba en Angostura el renombrado Congreso que creaba a Colombia.

El martirio de Cedeño


Después de esta acción, Manuel Cedeño participó en una infructuosa defensa de Calabozo y luego en la Batalla de Los Cerritos, donde fue también derrotado. Perdía, se levantaba, volvía a la pelea: así se enrumbaba a su pelea final, en Carabobo.

El aprendizaje

Lo “mejor” de esas acciones infructuosas era que iban forjando el temple de soldados y oficiales, además de servirles de aprendizaje de la geografía, las gentes, los temperamentos y el clima. Carabobo fue la cumbre de toda esa escuela.



A TRES MESES DE LA CONFLAGRACIÓN



Hace unas entregas hablábamos de la insólita franqueza de Bolívar para con su ilustre amigo/enemigo, el general español De la Torre: en sucesivas cartas fechadas en febrero y marzo de 1821 (apenas a tres meses del encuentro decisivo de Carabobo), el Libertador le manifiesta que su ejército está devastado, muriendo de peste y de hambre en el páramo, y que por lo tanto es urgente que se acerque a Barinas para surtirse de proteína. “Mueve a tus hombres de ahí”, le dice, dos líneas después de confesar que sus hombres están muriendo y desertando, “porque si te agarro con esta desesperación que cargamos te va a ir mal”. De la Torre captó el mensaje y les abrió cancha a los republicanos. Bolívar llega a los llanos de Barinas con unos tres mil soldados y, contrariamente a

lo que suponía, las cosas aquí no estaban mejor que en los Andes: aparte de la táctica de tierra arrasada que aplicaron los comerciantes y ganaderos de la región para que los patriotas no encontraran comida, estaba el hecho de que Páez no había cumplido una orden o ruego de Bolívar: viejo, mándame todo el ganado que puedas para que podamos comer.

Para variar o completar la desgracia, a Bolívar ya le dolía la boca de tanto pedirle a Santander que le mandara dinero para pagarles a sus hombres, y el vicepresidente de Cundinamarca se limitaba a decirle que si conseguía la plata se la mandaba, y que si no, pues no. Muy amable el bogotano.

Y aparte de todo eso, el crudo verano de marzo. Así le escribe Pedro Briceño Méndez, secretario del Libertador, a José Antonio Páez, en una carta del 10 de marzo de 1821 que tenía por objeto suavizarle el regaño que le había dictado el jefe: “Si hubiera sido posible procurarles aquí (en Trujillo) las subsistencias no habría S.E. (su excelencia) aventurado la suerte de aquellas tropas, haciéndolas situar en un clima tan mortífero como Barinas”.

Y a robar caballos

Este cuento del ganado vacuno reviste la mayor importancia, no solo para la comprensión de aquel momento sino también del actual. Aparte de la razón obvia de por qué las reses eran vitales para sostener al ejército (proteína dura: estaba por estallar de nuevo la guerra después de cortos meses de armisticio y esa gente necesitaba combustible), está otra que no se nos da tan fácil de atrapar: el ganado era

el alimento más voluminoso y al mismo tiempo más fácil de transportar. ¿Eran más grandes las gandolas de 1821 que las actuales? No, mi amor: las reses son esa clase de alimento que se transporta a sí mismo adonde los seres humanos lo arreen.

Necesario y casi insustituible en aquella época y en aquella lógica de ejércitos que se movilizaban a caballo, hoy resulta una incongruencia que la sociedad actual siga rindiéndole culto a ese rubro, que llamamos genéricamente “carne” porque algo nos dice que no hay otras proteínas de superior calidad que también se comen.

El caso es que en esa misma carta de 1821 de Briceño Méndez a Páez, se le da a Páez la orden de que arrastre, compre, decomise u obtenga como sea todas las reses que pueda, para llevárselas a la tropa de Bolívar. Curiosamente, también dice la carta que debe suspenderse el envío de carne al ejército español; es decir, que ese envío estuvo en algún momento permitido.

“Para evitar la ruina del ejército ha comisionado S.E. con esta fecha a los señores General Guerrero y Coronel Gómez para que pasen al distrito del ejército que V.S. (usted) manda, a embargar y hacer conducir para Barinas cuantos ganados encuentren recogidos o puedan recogerse, sin atender a que sea o no manso, a quien pertenezca, ni a nada más que a la subsistencia del ejército, objeto infinitamente más sagrado e interesante que la conservación de la propiedad particular”, es la orden expresa.

El mismo día, Briceño le comunica al gobernador de Trujillo instrucciones para que reclute y entrene a todos los hombres que sea posible, porque la guerra va a recomen-

zar. Su misión será “divertir y distraer” a los realistas mientras Bolívar se va aproximando al centro desde el Llano. Le da una orden que hoy sonará extraña, pero así fue:

“Haga V.S. las mayores diligencias y esfuerzos por conseguir algunos hombres determinados y prácticos del país donde forrajean los caballos de los Húsares Españoles en el Occidente, y para que se los roben todos o una gran parte. Esta operación no es muy difícil, habiendo quien la sepa conducir. V.S. puede tomar noticias del señor Coronel Vargas sobre las personas de quienes deba servirse para esto, y está autorizado para ofrecer las recompensas que tenga a bien, en dinero o de otro modo, al que logre traerse los caballos. Es necesario que en esto haya un gran secreto, porque se expondría el que fuere y se frustraría el intento si llega a divulgarse”.

El Indio Reyes Vargas

Personaje semioculto en la epopeya independentista, Juan de Los Reyes Vargas, hijo de canario con indígena jirahara, forjó a sangre, flecha, machete y macana un liderazgo militar imbatible en Carora y sus alrededores. En 1812 fue captado para la causa realista, así que los primeros desmanes que cometió como guerrero los perpetró contra la Independencia. Temible por la fe que le profesaban los indígenas y mestizos de su pueblo, levantó un cuerpo de flecheros que llenó de pavor a los republicanos. Hasta que llegó el mo-

mento de su encarrilamiento por la causa patriota, y ahí fue que le cayó basura a la merengada.

La sopita de Reyes Vargas fue Rafael Urdaneta, a quien derrotó varias veces en su territorio. Una vez en las filas patriotas, consolidó su condición de caudillo, derrotando varias veces a los españoles envalentonados en Coro. Después de la Batalla de Carabobo, en la que no participó ya que su misión era amargarle la vida a los españoles para evitar que fueran a enfrentar a Bolívar, este le ordenó algo que ya de hecho estaba ocurriendo: encargarse del mando de Carora. Esto le granjeó el odio de otros caroreños con ganas de mandar, y uno de ellos (un compadre suyo, dicen) lo emboscó y tasajeó a machetazos en 1823.

El cuento de la monja

En medio de tantos vaporones y urgencias, Bolívar tiene tiempo para ocuparse de asuntos aparentemente menos graves. Por ejemplo, el caso de una monja a quien han castigado de manera cruel en un convento en Bogotá, noticia de la que se ocupó personalmente. El 8 de marzo le escribe al arzobispo que le respete los derechos a la mujer castigada, y que le permita exponer su caso, ya que los únicos informes que ha recibido son de la superiora que la castigó.



LA HORDA DE SAQUEADORES HARAPIENTOS

A sí describía Rafael Urdaneta a los guerreros que llamamos genéricamente “los Libertadores”, y que, por cierto, no se parecen a esas imágenes pulcras y radiantes de los monumentos y estampas que nos vendieron desde la escuela:

“El ejército estaba tan desnudo que los soldados tenían que hacer uso (...) de los cueros de las reses que se mataban, para cubrirse de las fuertes lluvias y de la estación, agujereándolos y pasándoselos por la cabeza...”.

El legionario inglés G. Hippisley, participante de aquellas coñazas, aporta su propio retrato:

“...los hay sin botas, zapatos, ni más ropa que la cobija que es el necesario complemento de la indumentaria. Todos usan cal-



zones o algo en forma de pantalones o calzoncillos flojos (...) Muchos de los hombres de Páez están vestidos con los despojos de sus enemigos y así, vense (se ven) hombres con cascos ornados de cobre y metal plateado, grandes sables con puños de plata...”.

El querido y muy recordado (!) Francisco de Paula Santander contaba sobre los guerrilleros del llano colombiano:

“El reclutamiento se hacía siempre general, de toda persona capaz de tomar un arma; nadie estaba exceptuado. Así que en los combates del Yagual y Mucuritas tenían su lanza los abogados, los eclesiásticos y toda persona que podía usarla. Hasta el año 1818 todos estaban forzados a vivir y marchar reunidos: militares y emigrados, hombres, mujeres, viejos y niños, todos se alimentaban de una misma manera, con carne asada y sin sal, y todos iban descalzos”.

Wavel (o Vowell, a este inglés lo nombran de manera distinta) dice de los restos del ejército patriota que perdió la segunda batalla de La Puerta, con Bolívar al mando:

“...los más no tenían vestimenta militar sino capotes o mantas raídos y aun telas como de alfombra, con que se abrigan, después de haber practicado previamente un agujero por el que sacaban la cabeza (esto es lo que los llaneros llamaban y llaman todavía cobija, pero el legionario británico no lo sabía). Había también bastantes en un estado de desnudez casi absoluto (...) El parque de artillería y el bagaje



estaban confiados a la custodia de algunos indios, armados de arcos y flechas. Pero estos indios pertenecían a una tribu tímida, inofensiva, en modo alguno acostumbrada al ruido de la mosquetería...”.

Otro legionario, de apellido Hackett, completa el cuadro:

“A causa de la prolongada duración de la guerra y por el principio de exterminio que en ella predominaba, el país en general presentaba una escena uniforme de devastación y de miseria. Las tropas independientes estaban reducidas a un estado de la mayor pobreza, en absoluto carentes de disciplina y ni siquiera una cuarta parte de ellas iba provista de las armas necesarias (...). De ropa, en la mayor parte de los casos, un pedazo de lienzo tosco que envolvía el cuerpo, y en trozos de piel de búfalo amarrados a los pies como un sustituto de calzado y la cual se endurecía por el calor del sol; le devolvían la flexibilidad por inmersión en la primera corriente de agua que hallaban a su paso”.

Páez se jacta así de haber captado y comandado a personas en semejante estado de destrucción:

“Bolívar se admiraba, no tanto de que hubiera formado ese ejército, sino de que hubiese logrado conservarlo en buen estado y disciplina; pues en su mayor parte se componía de los mismos individuos que a las órdenes de Yáñez y Boves habían sido el azote de los patriotas (...). Yo logré atraérmelos; conseguí que sufrieran, contentos y sumisos, todas las miserias, molestias y escasez de la guerra, inspirándoles al

mismo tiempo amor a la gloria, respeto a las vidas y propiedades y veneración al nombre de la patria...”.

Sobre cómo esas privaciones y ese no tener nada con qué hacer la guerra (solamente la bravura, la misión histórica y un liderazgo) hace Miguel Acosta Saignes un formidable ejercicio de análisis histórico, filosófico y práctico. Primero cita a Marx (y vaya, que el análisis nos viene al pelo para navegar en este preciso momento):

“Es una noción tradicional la de que en ciertos períodos se ha vivido únicamente del pillaje. Pero para saquear es necesario que haya algo que saquear. Y el tipo de pillaje está determinado también por el modo de producción. Una nación de especuladores de bolsa no puede ser saqueada de la misma manera que una nación de vaqueros”.

Para luego presentar, como un dato que comprueba cierta ley de la guerra y de la historia, la explicación sobre qué era lo que movía a aquellos seres, incluidos sus generales:

“Como los ejércitos españoles estaban bien provistos (...) se convertían en representantes, en el llano, de otros tipos de producción y en objeto de pillaje, aceptado por los jefes patriotas como Páez, porque no existía paga de los soldados ni otro modo de recompensarlos, sino permitiéndoles la obtención del botín posible...”.

Tal cual el “método” de Boves en 1814: si quieres ropa, armas y alimentos, quítaselos al enemigo. Un ejército así



estimulado se vuelve indestructible, sobre todo cuando en el país no queda nada que saquear y hay que ir por lo que tiene el otro bando: ese al que sí le sobra de todo.

Mamaaando...

La gente que nos dejó en herencia este territorio andaba devastada y andrajosa, y eso incluía, por supuesto, la economía y el país en general. Como la Colonia, y también los sucesivos “gobiernos” republicanos y realistas que se alternaron en el control de las ciudades y aduanas entre 1810 y 1821, dependían de un único combustible o motor llamado esclavitud, al moverse esta hacia la guerra quedó desactivada la producción. A casi cero quedó reducida la agricultura y la cría de animales, que se dirigió mayoritariamente hacia los ejércitos en pugna. Las personas en edad productiva se marchaban a la guerra, porque pelear en algún bando les garantizaba o prometía algo que llamaban “su libertad” (en realidad lo único que les garantizaba era un precario sustento, la gloria o la muerte).

Federico Brito Figueroa aporta el dato que termina de dibujar el escenario de destrucción: “El descenso de las exportaciones coincide con la caída de los precios de los productos agropecuarios exportables. En 1810, el cacao se cotizaba entre 45 y 50 pesos la fanega; en 1812 a 35 pesos, en 1816 a 25 y en 1818 a 20 y a veces hasta 18 pesos”. El mismo bajón

experimentaron el café, el añil y el algodón. Este último se vendía a 15 pesos el quintal en 1810, y a 10 en 1820. Dice Acosta Saignes, citando al propio Bolívar, que “se veía obligado a saquear y desolar el país para mantener nuestros miserables soldados”.



ABRIL: INTRIGAS Y CONSPIRACIONES

En 1815 ocurrió el más terrible de los sitios o asedios a la ciudad costeña de Cartagena, en Colombia. Cuatro meses estuvo Pablo Morillo bloqueando el acceso de todo: alimentos, medicinas, agua. Nada entraba, pues estaba bloqueada la entrada por los caminos, por el mar y el río. La gente moría de hambre por docenas. Varios venezolanos estaban allí, defendiendo la ciudad: José Francisco Bermúdez, Antonio José de Sucre, Pedro Gual, Pedro León Torres, Mariano Montilla y Carlos Soublette, entre otros. La historia de Venezuela y la de América hubiera sido distinta si Morillo hubiera perpetrado una masacre con semejantes personajes dentro.

Caballos, perros, ratas y todo animal que iba muriendo pasó a ser parte de la fuente de proteínas de los cartageneros, y la conse-

cuencia más dramática de la profusión de cadáveres fue la peste. El agua potable se convirtió en un charco inmundo, no apto para el consumo humano; la ciudad colapsó en casi todas sus formas de funcionamiento. En una jugada española un batallón intentó apoderarse del cerro de La Popa, elevación frente a las murallas, y Carlos Soubllette los bajó a tiros y a coñazos con un grupo de locos al borde de la muerte por hambre. Pero el tiempo pasaba y ya la tercera parte de la población había muerto. Las autoridades militares decidieron entonces romper el cerco de alguna manera para retirarse.

“De alguna manera” significa cualquier cosa. La que encontraron los patriotas fue convocar el auxilio de un extraño personaje llamado Luis Aury, un corsario francés que había servido bien a la causa independentista en su embarcación. Tenía poco menos de 30 años, aunque los biógrafos no se ponen de acuerdo en su año de nacimiento (1781 o 1788). Como todo mercenario, trabajaba por plata, pero ni modo. Había que salir de ese atolladero.

Las conspiraciones

De Luis Aury se recuerda, y se le agradece, la forma en que logró romper por vía marítima el bloqueo realista y sacar de la ciudad sitiada a docenas de personas, entre ellas a los oficiales venezolanos más prominentes, en varias embarcaciones habilitadas para ese fin. No era la primera vez que Aury desafiaba y derrotaba en el mar a la Armada Española. De hecho, tenía patente de corso para atacar y enfrentar a todo barco de esa bandera en el Golfo de México y el mar



de las Antillas, y en tal carácter había ejercido funciones de mando en Estados Unidos, México y Centroamérica.

Pero tenía un problemita el muchacho: por alguna razón no aceptaba el mando de Bolívar, y cada vez que podía se le atravesaba en el camino para contrariarlo y desconocer su jefatura. Apenas sacó a los connacionales del atolladero de Cartagena y llevados a Haití, movió la lengua cuanto pudo para que al Libertador no se le reconfirmara en el mando. Pero si alguien era bueno echando discursos era Bolívar, así que su moción fue derrotada.

Superada esa pequeña zancadilla Bolívar pudo organizar con sus hombres la Expedición de Los Cayos. Y Luis Aury, de quien no se puede decir que haya sido cobarde o cuerda floja (un poquito antibolivariano sí) se embarcó en una empresa colosal como la toma de la Isla de Amelia y la declaración de Independencia de La Florida, junto con los venezolanos Lino de Clemente, Agustín Codazzi, Pedro Gual y otros. Pero el hombre seguía cojeando de una pata y eso era zancadilla y paja contra Bolívar cada vez que tenía una oportunidad.

En 1821, a pocos meses de la Batalla de Carabobo, Bolívar recibe informes de Perú de La Croix, que revelan las movidas y jugadas de Aury para organizar un ataque a Panamá y abrirle las puertas de Centroamérica a José de San Martín. El Libertador, que mucho sabía de beisbol caribe, decide no entromparlo de frente (estaba ocupado en la campaña de Carabobo) sino ponerle un peine. En vista de que Aury andaba intrigando, decidió ponerlo a entenderse con el papá de los intrigantes: le pidió a Santander que lo recibiera con honores en Colombia, que le abriera las puertas, que lo agasajara y le jalara bolas.

Así le manda a decir al colombiano, por intermedio de Pedro Briceño Méndez: “Sería conveniente que otras personas tratasen de introducir la división entre los secuaces de Aury, y que se les atrajesen al servicio de la República, abandonando las banderas de aquél y dejándolo así reducido a la nulidad. Este medio es tal vez el más seguro; pero necesita un gran fondo de prudencia, porque sería peligroso que se llegase a descubrir que la seducción venía del Gobierno (...) V.E., repito, está autorizado para conducir este negocio con toda la delicadeza, finura y reserva que él requiere”.

La jugada funcionó (¿qué te crees tú? ¿Que un francés iba a ganarle a un colombiano jugando feo? ¿Ah?). Bolívar siguió su camino rumbo a la inmortalidad, Aury se fue descubierto y derrotado para la isla de Santa Catalina.

Bolívar se consagró en junio en Carabobo, y Aury al parecer murió poco después. Una versión dice que cayó de un caballo y murió a los 33 años en septiembre 1821 (no es lo mismo maniobrar un barco que montar un caballo, dicen), y otras dicen que vivió en Cuba hasta 1845.

República de Florida

Con las miras en todo el continente, Bolívar y los patriotas venezolanos llegaron a fundar la República de Florida, que incluso tuvo una Constitución, redactada por Pedro Gual. Esto, tras la toma de la Isla de Amelia, controlada enton-



ces por España. Estados Unidos reaccionó después que el mandado de expulsar a los españoles estaba hecho, y saca apresuradamente a Aury y a los venezolanos de allí. De la que se salvaron los mayameros.

¿Se acuerdan del cura Madariaga?

Ese mismo, el que según el cuento que nos echaron se puso detrás de Emparan el 19 de abril en 1810 y le dijo a la gente que dijera que “No” en el referendo aquél. Bueno, ese compañero andaba por Chile en 1818 en funciones de autoridad republicana por parte de los gobiernos de Chile y las Provincias del Río de la Plata, y en tal carácter le otorgó a Aury patente de corso (autorización para hacerle la vida imposible a toda embarcación española). Cumplió bien la misión. Pero nunca logró convencer a Bolívar de que era confiable.



BOLÍVAR Y ALGUNOS CASOS DE ESCLAVOS



Ocurre y culmina la Batalla de Carabobo, muere en la hecatombe Pedro Camejo, Negro Primero, emblema y presencia de la negritud en la Guerra de Independencia. La promesa de libertad a los esclavos se ejecuta en pocos días u horas; Bolívar expide en esos mismos días de 1821 documentos referidos a su propia familia y propiedades, en los que los esclavos de su propiedad quedan en libertad. El documento es protocolizado en Caracas en 1827, y sus beneficiarios son “María Jacinta, y sus hijos María de la Luz, María Bartola y Francisca Bárbara; igualmente que a Juan de la Rosa y su mujer, Nicolasa Bolívar...”, según se lee en el documento que todavía puede conseguirse en el Registro Principal de Caracas. Dice también el documento: “Conste: que a María Jacinta Bolívar (y a los demás), esclavos

va que fue de mi propiedad en la hacienda de San Mateo, le concedí la libertad que ahora goza, en el año de mil ochocientos veinte y uno, después de la Batalla de Carabobo: Libertad que ratifico por la presente carta dada en Caracas a veinte y seis de abril de mil ochocientos veinte y siete”.

Justamente por ese desprendimiento y esa firmeza es que extraña o sorprenden otras decisiones, tomadas también poco después de la batalla grande. Por ejemplo, en el caso del esclavo o criado de un tal Narciso Morales, o de un presbítero nombrado Domingo Peláez, llamado Rito Manuel. Peláez le escribió una carta al Libertador, en la cual le explica que su esclavo un buen día cogió una mula prestada y se largó de la casa en la que servía para presentarse como combatiente en las tropas de Santiago Mariño.

Así relata el propietario el acontecimiento a Bolívar: “Envié en su alcance a un hombre formal, y efectivamente dieron con dicho criado en el sitio de Carabobo en donde estaba el General en Jefe Santiago Mariño, quien dijo a mi personal se volviese y que el criado que solicitaba quedaba a su cargo y cuenta”. Y continúa: “...encarecidamente le pido y suplico se sirva ordenar al General Santiago Mariño me devuelva el criado contenido en esta solicitud, por ser de mi propiedad, lo que espero de V.E. en Valencia, a 18 de julio de 1821”.

Esto le responde el Libertador: “Siendo cierta la fuga del esclavo a que se refiere, y estando al lado del señor General Mariño, dispondrá éste que se le devuelva a su dueño, en virtud de este decreto”.

El general Santiago Mariño responde desde San Carlos en estos términos, y aclarándole algunas cosas:



“El cura del Tocuyito ha sorprendido a V.E. cuando supone en mi poder un esclavo de su propiedad. En mi marcha de Valencia a esta ciudad encontré un hombre que había servido con el enemigo y que, vencido por el Ejército Libertador, quería también ser (pelear para) la República. Nada me pareció más conforme a las órdenes dadas por V.E. hasta ahora, que admitir al servicio a esta especie de hombres que obligados por sus dueños han tomado las armas contra la República, ni nada más injusto que la solicitud del señor cura en que se le devolviese una arma con que nos había ofendido, y por cuyo hecho debió perder el derecho que tenía a ella. Por esta consideración, iba a hacerlo alistar en el Ejército cuando he recibido la superior orden de V.E., en obediencia de la cual he entregado el individuo en cuestión”.

Así que el esclavo, que peleó por órdenes de su amo para la corona española, y luego por su voluntad a favor de la República (nada más y nada menos que en la Batalla de Carabobo), fue devuelto a quien dijo ser su dueño.

El año anterior, marzo de 1820, se había dado un caso en Colombia, que desarrollaremos en la próxima entrega. Veinte esclavos le solicitan a Bolívar que refrende su libertad, en una conmovedora carta que comienza de esta manera:

“Los abajo nombrados tienen el alto honor de elevar su voz al primer héroe de la libertad de Colombia. Nosotros, nacidos en la esclavitud y condenados a pasar de dominio en dominio por un precio vil sin distinguirnos de las bestias (...) El ciudadano Antonio Nariño, Presidente de Cundi-

namarca y General de la expedición del Sur, nos admitió y dispuso que 20 de nosotros, los más esforzados y robustos, le siguiésemos de zapadores, comprometiéndose a darnos la libertad si se vencían los enemigos que ocupaban a Popayán; cooperamos a vencerlos y a arrojarlos de aquella ciudad, creyéndonos entonces hombres libres, pero por amor a la causa general perseguimos al enemigo patiano y pastuso hasta los ejidos de su ciudad...”.

Abogando por “los suyos”

Del 15 de marzo de 1809 data una curiosa comunicación en la que Bolívar se dirige al capitán general (el gobierno de la corona española) para que los esclavos de Nicolás de Ponte, quien acababa de fallecer, obtengan una parte de la herencia dejada por ese propietario. “En estas circunstancias, quiero tomar la voz por los mencionados mis esclavos, para promover el inventario, avalúo y partición de estos bienes, y que se les adjudique la parte que les corresponda”, dice el ciudadano Simón Bolívar.

El alegato dice también, de la hacienda que Ponte acaba de ceder en herencia: “Dicha haciendita, que para el día de hoy puede alcanzar a cinco mil árboles, y unas mulas que también dejó el citado Nicolás de Ponte, aunque no se expresaron en la memoria, quedaron al cargo de uno de sus hijos nombrado Félix, y por su muerte al de dos hijos de



éste, Félix y Miguel Ponte, los mismos que al presente tienen y poseen los referidos bienes, aprovechándose exclusivamente de sus productos y denegándose con tenacidad a verificar la partición que corresponde de esta herencia”.

2000

BOLÍVAR Y ALGUNOS CASOS DE ESCLAVOS (II)



En marzo de 1820, Bolívar está en su cuartel general en Bogotá. El día 15 recibe una carta que dice lo siguiente:

“Excmo. señor Presidente de la República de Colombia

Excmo. señor General Libertador:

Los abajo nombrados tienen el alto honor de elevar su voz al primer héroe de la libertad de Colombia. Nosotros, nacidos en la esclavitud y condenados a pasar de dominio en dominio por un precio vil sin distinguirnos de las bestias (...) por traslación de reconocimiento en la misma clase del distinguido ciudadano Luis Caycedo, cuyos herederos se vieron precisados a entregarnos al Erario Público en la época pasada de la República. El ciudadano Antonio Nariño, Presidente de Cundinamarca y General de la expedi-

ción del Sur, nos admitió y dispuso que 20 de nosotros, los más esforzados y robustos, le siguiésemos de zapadores, comprometiéndose a darnos la libertad si se vencían los enemigos que ocupaban a Popayán; cooperamos a vencerlos y a arrojarlos de aquella ciudad, creyéndonos entonces hombres libres, pero por amor a la causa general perseguimos al enemigo patiano y pastuso hasta los ejidos de su ciudad, y si una mala dirección perdió aquel ejército, nuestras espaldas salvaron 7.000 pesos que se conducían en la caja militar, muchos pertrechos, y cosas que superaban sin comparación al valor nuestro y de toda la deuda que causan nuestros compañeros”.

Ni más ni menos, un grupo de seres esclavizados, reclamando recompensa por sus heroicos esfuerzos y hazañas. Y acotando ese detalle cruel: “cosas que superaban sin comparación al valor nuestro y de toda la deuda que causan nuestros compañeros”.

Prosiguen así: “Esto lo hicimos presente, pero como no había estimadores del don precioso de la libertad, nuestra voz fue ahogada, y aunque apoyada de los informes de los ciudadanos doctor Alejandro Osorio, José Leyva y Martín Melendro, nunca tuvo valor en aquel tiempo, pero en el presente cuando se halla a la frente del Gobierno de Colombia el mismo don de la libertad, cuyo genio destinado por el Cielo para dispensarlo a los oprimidos, nosotros podemos muy bien esperar se realicen las justas promesas que reclamamos, extendiéndonos hasta solicitar destine sus paternas y benéficas intenciones con todos los infelices

que gimen bajo el yugo de la servidumbre. Este es de los menores (hechos) que V.E. ha de ejecutar y el de la más alta consideración para la humanidad y para los más humildes, que rendidos ofrecen el amor más cordial y sumiso respeto,

Ciprián Jiménez, Francisco Javier Tomás Villanueva, Lorenzo Herrán Diego Méndez, Pablo Díaz Evaristo Méndez, Nepomuceno Mauricio Gregorio Murillo, Norberto Mauricio Gerónimo Cicero, Juan Andrés Cicero Gerónimo María Cicero, José Andrés Gervasio Mon, José María Alvarez Salvador Valenzuela, maestro Juan de la Cruz, maestro Silvestre Flores, maestro J. Tomás”.

La respuesta del Libertador fue: “Estos esclavos abajo firmados quedan declarados hombres libres, y agréguese al servicio de las armas en el Ejército del Sur; y pásese este decreto para su cumplimiento a quien corresponda”.

Santander difundió y mandó a cumplir esa orden de Bolívar. Pero apenas un mes después tuvieron ambos jefes una controversia, referida al mismo tema de los esclavos. Al parecer el neogranadino reclamó a Bolívar el haber emitido un decreto que le otorgaba libertad a los esclavos que quisieran tomar armas al servicio de la República, y el Libertador le envió esta aclaratoria o argumentación jurídica (18 de abril de 1820):

“Tengo el honor de contestar a V.E. el oficio del 2 de abril relativo (...) a las instrucciones del señor General Valdés en que habla, según dice V.E., de declarar la libertad de es-

clavos en la Provincia del Cauca. El artículo dice así: Todos los esclavos útiles para el servicio de las armas, serán destinados al ejército. Si no me equivoco, esto no es declarar la libertad de los esclavos, y sí es usar de la facultad que me da la ley, en que dice: Artículo 3. Sin embargo, los que fueren llamados a las armas por el Presidente de la República, o hicieren algún servicio distinguido, entran desde luego en posesión de su libertad. Con la ley quedo a cubierto, y respondo a todas las observaciones que V.E. me hace. Pero siguiendo mi costumbre, explicaré mis órdenes.

"He mandado que se tomen los esclavos útiles para las armas. Debe suponerse que se entiende solamente con los necesarios para las armas, pues de otro modo serían más perjudicados que útiles al ejército un número excesivo de ellos. "Las razones militares y políticas que he tenido para ordenar la leva de esclavos, son muy obvias. Necesitamos de hombres robustos y fuertes, acostumbrados a la inclemencia y a las fatigas; de hombres que abracen la causa y la carrera con entusiasmo; de hombres que vean identificada su causa con la causa pública y en quienes el valor de la muerte sea poco menos que el de su vida.

"Las razones políticas son aún más poderosas. Se ha declarado la libertad de los esclavos de derecho y aun de hecho. El Congreso ha tenido presente lo que dice Montesquieu: en los gobiernos moderados la libertad política hace preciosa la libertad civil; y el que está privado de esta última, está aun privado de la otra; ve una sociedad feliz, de la cual no es ni aun parte; encuentra la seguridad establecida para los otros y no para él. Nada acerca tanto a la condición de bestias como ver siempre hombres libres

y no serlo. Tales gentes son enemigos de la sociedad, y su número sería peligroso. No se debe admirar que en los gobiernos moderados, el Estado haya sido turbado por la rebelión de los esclavos, y que esto haya sucedido tan rara vez en los Estados despóticos (...) todo gobierno libre que comete el absurdo de mantener la esclavitud, es castigado por la rebelión y algunas veces por el exterminio, como en Haití (...) la ley del Congreso es sabia en todas sus partes. ¿Qué medio más adecuado ni más legítimo para obtener la libertad que pelear por ella? ¿Será justo que mueran solamente los hombres libres por emancipar a los esclavos? ¿No será útil que éstos adquieran sus derechos en el campo de batalla y que se disminuya su peligroso número por un medio necesario y legítimo?”.

“Flacos y aniquilados”

No era un tema menor ni pasajero, el de la participación de gente esclavizada en las acciones de guerra. En julio de ese mismo 1820 le escribía Bolívar a Santander en estos términos: “Pida Vd. esclavos al Sur y vuelva a pedir, porque ni aun los del Socorro sirven ya para marchar en buen clima y con buenos alimentos. De Vélez a aquí han quedado 300 enfermos en el camino y uno bueno y sano ha muerto de aquí a Lobatera; 320 que han llegado allí están muy flacos y aniquilados, habiendo gastado en el camino un mes entero. Lo mismo sucederá con los otros cuerpos de Bogotá, Tunja y el Socorro. Cuantos esclavos vengan, mándelos Vd.

a Málaga al comandante Lugo; y hasta que no pasen 4.000 por Bogotá siga Vd. pidiendo para poder sostener la independencia y la guerra. A Montilla le he mandado que tome esclavos para el servicio”.

“Cambiar de dominador”

La semana pasada leíamos aquí sobre el esclavo que fue devuelto a quien dijo ser su antiguo dueño, por órdenes de Bolívar, justo después de la Batalla de Carabobo. Ese esclavo había sido obligado antes a pelear por los realistas, y Mariño lo recibió en las filas patriotas porque se había fugado y presentado para pelear del lado patriota.

Tres años después (1824) el Libertador le comunicaba esto al prefecto de Trujillo (Perú): “Todos los esclavos que quieran cambiar de señor, tengan o no tengan razón, y aun cuando sea por capricho, deben ser protegidos y debe obligarse a los amos a que les permitan cambiar de señor concediéndoles el tiempo necesario para que lo soliciten. S. E. previene a V. S. dispense a los pobres esclavos toda la protección imaginable del Gobierno, pues es el colmo de una tiranía privar a estos miserables del triste consuelo de cambiar de dominador”.



LOS LIBERTADORES DEBIERON NEGOCIAR CON EL HAMPA ORGANIZADA

Los Güires es el nombre de una selva o montaña al nororiente del actual estado Guárico, y también, por extensión, de un grupo, guerrilla, banda o grupos de ellas que se hicieron fuertes e invencibles en vastos territorios que hoy comparten los estados Miranda, Guárico y Aragua. Adquirieron notoriedad durante una década, justo desde después de la Batalla de Carabobo, y si algo le resultó, no difícil sino casi imposible, a la generación triunfadora en Carabobo (y nos estamos refiriendo, para que no queden dudas, a Bolívar, Páez, Soublette, Mariño y dos docenas más de nombres resonantes por su epopeya en la guerra) fue neutralizar a Los Güires, cosa que no pudo concretarse sino hacia 1829... parcialmente, y con una notable excepción que mencionaremos más adelante.

Así que después de Carabobo sobrevino el verdadero dolor de cabeza para los republicanos, desde varios focos. En una amplia región que bordeaba a Caracas como una tenaza y se prolongaba hacia el oriente y el sur, ocurrió un fenómeno del que no se suele hablar mucho: el auge de guerrillas y bandas criminales compuestas mayoritariamente por pardos, negros e indígenas; sus jefes más notables o renombrados fueron jefes que sí habían combatido y gobernado localmente en algunas poblaciones en nombre de la Corona. Pero el componente social de sus tropas o combatientes era mayormente pueblo campesino empobrecido, arrimado a dinámicas delictivas que le dejaban dividendos más visibles que el apoyo a la patria: el contrabando de tabaco, el asalto y saqueo de haciendas y poblaciones, el cobro por protección. Los más altos jefes de Los Güires y otras guerrillas eran unos conductores de tropas llamados José Manuel Ramírez, “Ramirote”, y Juan Celestino Dumont, alias “Centeno”.

Atrincherados en zonas ubicadas entre Altagracia y El Sombrero, con incursiones en los Valles del Tuy y el sur de Aragua (ni más ni menos, los territorios que casi 200 años después dominaron El Tren de Aragua y El Picure), estas bandas no pudieron ser destruidas, a pesar de que los jefes de la Independencia movilizaron ejército regular y guerrillas con ese fin. Su fuerte era el territorio; su armamento no estaba precisamente a la altura: las escuadras y grupos de asalto estaban conformados en su mayoría por sujetos armados con flechas y otras armas rudimentarias.



Candela a los conucos

Hacia 1826, cuando ya el gobierno de la República lo había intentado casi todo (ofrecerles indultos, negociar con ellos, mandarles a las FAES de la época, incluido un batallón de 800 soldados, el de Anselmo “Burro Negro” Hurtado, que fue despedazado por los bandoleros, guerrilleros, malandros o lo que fueran esos bichos) a Páez se le ocurrió algo que le había dado resultados en otro tipo de guerra, a campo abierto: enviar a un contingente a las montañas a practicar una estrategia de tierra arrasada. Los soldados y guerrilleros de la República se metieron a matar, apresar e interrogar a todo aquel, pero además a incendiar todos los conucos que encontraran a su paso.

Este fue el golpe que debilitó a Los Güires y otros grupos (no a todos, ni para siempre): como su fortaleza era el tejido social, y además el control sobre sus medios de sustento, cuando fueron incendiados sus sembradíos ya no pudieron resistir. Un coronel Iribarren le comunicaba así el logro a Páez: “...pues a más de estar los bandidos desprovistos de armas y demás elementos de guerra, están también sufriendo una hambre que los devora, cuya poderosa necesidad los ha obligado a dividirse en varios trozos...”.

Anótenlo: un ejército que produce sus alimentos y domina su territorio es indestructible.

En 1826 Los Güires habían recibido un refuerzo colosal: un militar vasco de apellido Arizábalo, que sí era realista, sí tenía formación militar y sí tenía objetivos políticos. Su gran

error fue ejecutar un ataque con las guerrillas ya debilitadas contra Caracas, ataque que causó muertes, destrozos y pánico, pero no logró sus objetivos y sus tropas quedaron diezmadas. Pero su peligrosidad se mantenía; el propio Bolívar ordenó negociar con él y hacerle una proposición monumental, que hoy haría temblar de indignación a quienes se sintieron mal con el diálogo ofrecido al Coqui por Douglas Rico: unirse a la República con el grado de coronel y encargarse de la artillería de la provincia de Caracas. Menos mal que no aceptó.

Cisneros: el peor

Pero el duro de la partida, el que reventaba todos los moldes y esquemas era un tal José Dionisio Cisneros. Era un mestizo extraño, analfabeto, buen conductor de tropas, audaz, escurridizo. En términos estrictamente filosóficos, teóricos y en cierta forma ontológicos, este sujeto era lo que un profundo pensador con postdoctorado en altísimos estudios de la conducta humana llamaría, con su gran sapiencia, un mardito loco.

El hombre fue invitado a aliarse a Los Güires, a la gente de Arizábalo, Centeno y Ramirote, y todos se alejaron de él espantados cuando Cisneros les dijo qué pensaba: decía que era adorador y defensor del rey, que la máxima autoridad aquí era la suya propia, que su guerra era contra todos los blancos porque un cura le había dicho que el rey solo quería a los indios y a los negros, y, finalmente, que el único re-



presentante del rey que reconocía en América era (adivinen quién) Francisco de Paula Santander.

A pesar de ese pasticho o mondongo cerebral, Cisneros sobrevivió a la disolución de Los Güires en 1829, y estuvo fastidiando a la República a tal punto que Bolívar, ocupado en administrar o resolver asuntos superiores en Ecuador o Perú, no deja de mencionarlo en sucesivas cartas, entre 1827 y 1829, como un elemento al que había que extirpar. Así le escribe a Páez: “Esta ocurrencia me conduce naturalmente a recomendar a Vd. la persecución de Cisneros hasta exterminarlo” (Bogotá, enero de 1827). Al general Diego Ibarra: “Interésate mucho en la persecución de Cisneros, y lo mismo con esos bochincheros del Norte” (noviembre, 1827). Bolívar murió sin haber visto caer a Cisneros.

Finalmente Páez fue a encontrarse con él en 1831 en Ocumare del Tuy. Allí tuvo lugar una interesante escena: Páez invitándolo a servirle a la República, y Cisneros ordenándoles a sus hombres que lo fusilaran; estos apuntaron y dispararon, pero por encima de la cabeza del llanero. Páez ni se movió, y Cisneros, muerto de la risa, aceptó irse con él a Caracas. Le fue encomendada la protección del territorio donde era pran, con el rango de coronel, y aceptó gustoso. En 1847, luego de años comiéndose otra vez la luz, por fin lo fusilaron. Qué ladilla.



LOS CARRERONES DE PÁEZ PARA ALCANZAR A BOLÍVAR

A principios de mayo de 1821, por estas fechas, Bolívar le ordena a Páez movilizarse con todo su contingente desde Apure para encontrarse con él en Guanare. La orden se resume fácil en una línea, como se acaba de ver. Pero el trabajo que esto representaba era en sí mismo una hazaña dentro de la hazaña guerrera. Así describe y cuantifica José Antonio Páez la tarea que tenía por delante, cómo inició y cómo fue mutando sobre la marcha:

“El 10 de Mayo salí de Achaguas con 1.000 infantes, 1.500 jinetes, 2.000 caballos de reserva y 4.000 novillos, y crucé el Apure por el paso Enriquero. No son de contar las molestias y trabajos que nos hizo pasar durante nuestra marcha la conducción de tan crecido número de animales. Todas las noches

los caballos se escapaban en tropel, sin que bastaran los hombres que los custodiaban para detenerlos en la fuga. Por fortuna, como habían estado siempre reunidos por manadas en los potreros, corrían juntos, y era fácil seguirlos por las huellas que dejaban en la tierra, muy blanda entonces, pues para mayor aprieto estábamos en la estación de las lluvias. Estas deserciones se repetían todas las noches á las ocho, pues por el instinto maravilloso de esos animales, una vez que han encontrado la posibilidad de escapar á sus dehesas, redoblan siempre sus conatos á la misma hora del día siguiente. Al fin mis llaneros los cogían y al otro día me alcanzaban con ellos en la marcha, que yo aceleraba todo lo posible para reunirme cuanto antes con Bolívar”.

Logran Páez y sus combatientes llegar a Guanare para el encuentro, pero Bolívar, que invertía sus energías en perseguir a De la Torre, decide no esperarlo; Páez cuenta cómo fue que, antes de llegar a Guanare, le informaron que el Libertador había partido hacia Araure. Páez decide dejar la infantería (soldados de a pie) y lanzarse en busca del jefe solo con la caballería, en parte porque sabía que Bolívar andaba fallo de caballos, y en parte porque así podía acelerar la marcha.

Así que Bolívar iba persiguiendo por esas sabanas a De la Torre, y Páez a Bolívar. Páez pasó por Acarigua-Araure y de allí también habían salido volando, primero el español, pegando los talones en la nuca, y más atrás el Libertador. Finalmente Bolívar se detiene en San Carlos y De la Torre llega jipiando (“hipando”, diría alguien curto y bien habla-



do como ustedes) a Carabobo, donde está el grueso del ejército realista.

La cortesía del enemigo

Cuenta Páez en sus *Memorias* que, estando en San Carlos, reunido al fin lo más selecto del generalato patriota a las órdenes de Bolívar, y mientras se toman unos días para descansar y organizar allí la arremetida de Carabobo, se presentó un enviado de De la Torre con una extraña propuesta de armisticio. Páez asegura que lo del armisticio era solo una excusa para que el enviado, un oficial de apellido Churruca, se enterara de primera mano si por fin los llaneros de Páez habían logrado reunirse con el Libertador. “El objeto aparente de la llegada de Churruca era proponer un nuevo armisticio; pero el real y verdadero, averiguar si aún no me había reunido yo con Bolívar para atacarle inmediatamente”, dice el Centauro.

Cuando el español preguntó por él en medio de la comida que le ofrecieron, Páez lo saludó: “Háblame”.

Entonces el español pasó a explicarles el acuerdo que los realistas proponían: un nuevo alto al fuego, con la margen derecha del río Portuguesa para los españoles y la otra para los patriotas. Ninguno debía cruzar al otro lado del río para evitar nuevos enfrentamientos. Bolívar dijo algo que, traducido a la terminología militar de esta época de guerras de cuarta y quinta generación, vendría a significar algo como: “¿No será pa’ joderme?”. Ni más ni menos, la propuesta

realista significaba para los patriotas tener que ceder todo lo que ya habían conquistado. Así que le indicaron al compai Churruca que se comiera un postre, un café y un traguito de miche callejoneo, y se regresara a Carabobo a decirle a su jefe que se preparara para la coñacera de los próximos días.

El jefe llanero describe lo que currió inmediatamente después (ni más ni menos, la antesala de la Batalla de Carabobo): "...después de su expulsión de San Carlos, y desde principios de Junio, había el enemigo concentrado sus fuerzas en Carabobo, y desde allí destacaba sus avanzadas en descubierta hasta el Tinaquillo. Envióse contra ellas al teniente coronel José Laurencio Silva, quien logró hacerlas prisioneras después de un encuentro en que murió el comandante español. Entonces el enemigo juzgó prudente retirar un destacamento que tenía en las alturas de Buenavista; y ocupado desde luego por el ejército patriota, desde allí observamos que el enemigo se estaba preparando para impedir el descenso a la llanura".

Ni más ni menos: Aquiles contando cómo empezó La *Iliada*.

Cruz Carrillo, el distractor

Entre los muchos venezolanos valiosos pero poco conocidos que incidieron en la campaña de Carabobo, debe mencionarse a Cruz Carrillo (Trujillo, 1788). De la gran cantidad acciones en que participó, antes de 1821, destaca la




Campaña del Centro (1818) y en 1819 es uno de los oficiales que acompañan a Bolívar en la insólita hazaña conocida como el Paso de los Andes o de Pisba, antes de cubrirse de gloria también en las batallas de Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá.

En noviembre de 1820 estuvo con Bolívar en otro momento trascendental de nuestra historia: la entrevista de Santa Ana con los generales Morillo y De la Torre, en su calidad de gobernador político y militar de la Provincia de Trujillo. Mientras la maquinaria de guerra republicana se dirige a Carabobo para la gran batalla, en junio de 1821, Carrillo al mando del Ejército de Occidente realizó la maniobra de diversión que acosó a los realistas en San Felipe, Nirgua y Valencia, evitando que todo el ejército español lograra congregarse en Carabobo.

Ya consolidado el triunfo patriota, fue ratificado como gobernador de la Provincia de Trujillo el año 1823 y luego en 1824 cumplió las mismas funciones en Barinas. Ascendido a general de brigada en 1826 y a general de división en 1831, se retira para ejercer la agricultura después de la muerte de Bolívar. Pero la República lo siguió convocando para ocupar cargos de importancia, hasta su muerte en 1865 con el rango de general en jefe.



UN CASO BICENTENARIO DE CORRUPCIÓN



Por supuesto que en una guerra suelen desatarse todas las plagas de la humanidad, y eso incluye la plaga de la corrupción. Justo después de Carabobo ocurrió un evento, sobre el que prometemos profundizar en nueva entrega; solo hay un documento disponible en el archivo digital del Libertador, referido a este caso en particular: el robo o desfalco de los Almacenes del Avispero, depósito y plantación ubicados en Guaruto, estado Aragua, que suponemos importantes y bien abastecidos, ya que Bolívar personalmente se ocupó del asunto.

En días anteriores, específicamente el 5 de julio, el Libertador ratifica en un oficio el cargo de administrador del lugar, en la persona de un caballero llamado Manuel Felipe de Osío, en estos términos:

“He recibido el oficio de Vd. fecha 1° del corriente, en que me participa su regreso a las fundaciones y las medidas que está tomando para asegurar los intereses del Estado, que han estado a su cargo. Yo doy a Vd. las gracias por su celo y espero que continuará con el mismo interés organizando esas plantaciones y almacenes, en cuyo destino le confirmo. Dentro de dos días pasaré por esas fundaciones en donde me prometo encontrar todo en la mayor seguridad y orden”.

Unos días después reitera Bolívar este nombramiento (Comisionado Principal de las Plantaciones de Guaruto). El día 15 de julio, Pedro Briceño Méndez, secretario de Bolívar, le escribe a Osío para decirle que éste aprueba el nombramiento de nuevos empleados, ya que los demás, por alguna razón (aquí empieza a ponerse turbia la sopa) se largaron de allí. Dice la carta de Briceño a Osío:

“Instruido S.E. el Libertador del oficio de Vd. en Guaruto fecha 9 del corriente en el que propone los sujetos que deben llenar las vacantes que resultan en las plantaciones por emigración de los que las obtenían, ha tenido a bien aprobarlas. Lo comunico a Vd. para su inteligencia y la de los interesados...”.

De pronto, la sopa se oscurece. Según se infiere del único documento publicado al respecto, hubo en esos almacenes un saqueo, hurto o robo descarado, y la República empezó a capturar sospechosos, culpables y cómplices. Nada más lejos que aquella “ mayor seguridad y orden” que Bolívar



esperaba encontrar en el lugar. Rodaron cabezas, pero la cantidad de cabezas era tan alta y la red de corrupción tan profunda y tan fea, que Bolívar tomó una desconcertante resolución, ante la cual los corruptólogos de twitter y amantes de la justicia de hoy en día se irían en vómito. Así dice la comunicación que Pedro Briceño Méndez le envía a Manuel Felipe Osío el 26 de julio:

“En atención a lo que Vd. representó a S.E. el Libertador Presidente sobre las dificultades y peligros de seguir vigorosamente el proceso iniciado contra los que robaron los almacenes del Avispero por la multitud que hay de cómplices, y porque han empezado éstos a fugarse, conviene S.E. en que se suspendan los procedimientos cortándolos en providencia de un modo que ni sea indecoroso al Gobierno, ni aliente a los malvados a repetir sus crímenes por haber quedado esta vez impunes”.

Traducción al lenguaje actual: hermano, esta telaraña de corrupción es muy grande y peligrosa, vamos a dejar la investigadora y la juzgadora así, pero diágnos las cosas de manera tal que no parezca que ganaron los malos esta vez. Luego de esta comunicación hay un nuevo blackout o bache informativo, y el 13 de septiembre de 1821 una nueva carta de Pedro Briceño Méndez, dirigida al vicepresidente de Venezuela, Francisco Antonio Zea:

“...ha resuelto S.E. (Bolívar): Que los empleados nombrados por S.E. provisionalmente para las plantaciones de Guaruto y factoría de Turmero continúen en el ejercicio de sus em-

pleos mientras no se hagan indignos de ellos por mala conducta, incapacidad, ni otro motivo legal. S.E. funda esta resolución en que habiendo tomado informes acerca de ellos a personas de integridad y fidedignas, todas le acreditaron el acierto de su elección. Lo comunico a V.E. para su inteligencia y cumplimiento”.

Los archivos de la época, y de todas las épocas, son un hervidero de casos de corrupción en los que sus responsables recibieron castigo ejemplar o, como en este caso, se salvaron de aquella precaria y jojota administración de justicia.

Y los negligentes...

Por esos mismos días siguientes a la batalla de Carabobo hubo, además de las celebraciones del heroísmo y la entrega de unos cuantos soldados y próceres, casos en los que la conducta del tipo dejaba mucho que desear, o al menos se prestaba a sospechas. El 11 de julio de 1821 Bolívar le escribe desde Valencia al coronel Juan de Escalona, oficial encargado de la defensa de Coro, esta comunicación y orden:

“Ya ha marchado el Señor Coronel Justo Briceño por Siquisique, a tomar el mando de la Provincia de Coro, y en consecuencia V.S. está ya relevado, y puede entregar el mando de la Columna que está a sus órdenes al Señor Coronel Juan Gómez, a quien dará V.S. la orden de marchar inmediatamente a la ciudad de Coro y tomarla a todo trance: en la



inteligencia que el armisticio no se ha concluido esperando sólo que esa ciudad esté en nuestro poder y cuya evacuación ha sido de mi mayor desagrado. V.S., pues, vendrá a mi Cuartel General a dar cuenta de su conducta militar”.

2000

EL BOVERO QUE SALVÓ A PÁEZ



Domingo 24 de junio de 1821, año 13 de la Independencia, poco después de las 11 de la mañana.

Siguiendo las instrucciones de Bolívar, quien observaba el campo como el ajedrecista al tablero de la muerte, desde la elevación de Buenavista y después desde el cerro La Centella, Páez y la Primera División toman por el rumbo de la pica de La Mona, a la izquierda (es decir, a la derecha del Ejército español, que mueve su maquinaria de destrucción para evitar el acceso de los patriotas a la sabana). Páez y sus hombres a caballo logran cruzar la quebrada Carabobo azotados por una plaga lacerante de balas. Varios compañeros mueren en esta arremetida, pero los demás avanzan, insisten, acosan al enemigo.

Cuando ya los realistas comienzan a ceder, mandan a reforzar ese flanco con dos batallones temibles, el Barbastro y el Valencey, lujo de combatientes y grupos élite que ya habían combatido y resistido en Europa al más grande de sus generales, un tal Napoleón Bonaparte. En la arremetida contra estos colosos de lo más insigne de España apareció al lado de Páez un oficial que no tenía por qué estar ahí: ¿quién coño le dijo a Ambrosio Plaza que se metiera en la refriega, en la primera línea de combate, con la Primera División, si él era quien comandaba la Tercera y su misión era esperar órdenes atrás?

Páez no era quien iba a reprocharle la valentía ni las ganas de pelear. Pero las balas del enemigo sí se la cobraron: abaleado por entrompador, debió padecer una agonía espantosa y murió al día siguiente. Pero tampoco la pérdida de este jefe les disminuyó el ardor a los llaneros; Páez siguió atacando a los adversarios, cuerpos profesionales y no simples echadores de tiros y ballonetazos. Lo mismo le ocurrió a Manuel Cedeño, más o menos por las mismas razones: el jefe de la Segunda División no tenía por qué ir a batirse con el Valencey, pero fue en su persecución y murió de muerte gloriosa.

También cayó en una de esas arremetidas Pedro Camejo, el Negro Primero. Páez cuenta más tarde que llovía sobre el campo de batalla, y que debido a esto se hizo más difícil perseguir más tarde a los españoles. A mí me da la gana de decir que lo que desató la furia del agua fue la muerte del hijo predilecto del santo afrovenezolano: qué brisa tan dolorosa la mañana de San Juan.

El propio Centauro cuenta en sus memorias lo que ocurrió después:

“Reforzado yo con 300 hombres de caballería, que salieron por el camino real, cargué con ellos á Barbastro y tuvo que rendir armas; en seguida fuimos sobre Valencey que iba poco distante de aquel otro regimiento, y que, apoyándose en la quebrada de Carabobo, resistió la carga que le dimos. En esta ocasión estuve yo á pique de no sobrevivir á la victoria, pues habiendo sido acometido repentinamente de aquel terrible ataque que me privaba del sentido, me quedé en el ardor de la carga entre un tropel de enemigos, y tal vez hubiera sido muerto, si el comandante Antonio Martínez, de la caballería de Morales, no me hubiera sacado de aquel lugar. Tomó él las riendas de mi caballo, y montando en las ancas de éste á un teniente de los patriotas llamado Alejandro Salazar, alias Guadalupe, para sostenerme sobre la silla, ambos me pusieron en salvo entre los míos”.

Este Antonio Martínez era un zambo de Calabozo, de quien Páez hace la siguiente reseña:

“...siempre sirvió á los españoles desde los tiempos de Boves, con justa fama de ser una de sus más terribles lanzas. Estuvo con nosotros la noche después de la acción de Carabobo, pero no amaneció en el campamento”. No hay mayores detalles respecto a esa pernocta, el caso es que al día siguiente se largó, probablemente con autorización del propio Páez, y pudo llegar a Puerto Cabello, a donde se replegaron los restos del Ejército realista derrotado.

Así que este José Antonio Martínez, que ese era su nombre completo, le cambió el rumbo a la historia de Venezuela; todo el siglo XIX hubiera sido distinto, hubiera tenido otros signos, matices y eventos, si a este hombre de la guerra no le hubiera dado por salvar precisamente al tipo a quien el imperio español en pleno deseaba ver muerto.

Después de la rendición del Ejército español y la retirada del batallón Valencey con los principales jefes a Puerto Cabello, este José Antonio Martínez aparece al lado de otro personaje de leyenda, extraño y misterioso, de nombre Alejo Mirabal o José Nicasio Alejo, como también es llamado: al frente de un batallón salió de la ciudad que les servía de refugio con la encomienda de sublevar al eje de pueblos llaneros que se prolonga desde el sur de Carabobo hasta Calabozo, y hasta allá fueron a parar, creando desconcierto en una zona que se suponía ya liberada después de la batalla. A la avanzada realista le alcanzó el fuelle o la suerte hasta el pueblo de Guardatinajas, en Guárico, donde fue despedazada por los patriotas. Martínez y Mirabal sobrevivieron a esta acción (más tarde Mirabal serviría a la República).

Páez tiene entonces un gesto de benevolencia o gallardía, y quizá también de astucia, con quien fuera su salvador: le envía un indulto, para que sobreviva y de paso (tal vez) para que se pasara a las filas patriotas. Le manda esa carta generosa con el teniente Vicente Campero, pero la misión de este resultó trágica: un grupo de Mirabal lo interceptó a las afueras de Guardatinajas, rompió la carta de Páez y de paso lo asesinó.

Hasta este punto se tienen registros de las correrías de Antonio Martínez por Venezuela y por la historia. Tarea pendiente, ir a recuperar sus pasos.

La morena libre y su marido

No confundir a este José Antonio Martínez con aquel esclavo del mismo nombre, de quien le habló María Rafaela Guardia a Simón Bolívar al llegar este a Caracas. El hombre había huido de su amo para presentarse en el Ejército Libertador, pero el amo lo capturó y se disponía a castigarlo. El Libertador le envía esta carta al vicepresidente de Venezuela:

“Ciudadana María Rafaela Guardia, morena libre, delante de S.E. (Su Excelencia), dice: que en la entrada del señor General don José Francisco Bermúdez a esta ciudad (Caracas) se le presentó mi legítimo marido José Antonio Martínez, esclavo del ciudadano Cristóbal Martínez, y habiendo venido las tropas del señor General Bermúdez, ha venido él también y ha ido su amo el referido ciudadano Martínez y lo ha sacado del cuartel, estando S.E. (Bermúdez) en el puerto de La Guaira, y lo hizo llevar con dos militares a su casa, y llegando le quitó el uniforme, y lo tiene preso hasta llevarlo a la hacienda para castigarlo. A S.E. suplico me lo saque otra vuelta para el servicio, respecto que él quiere más bien servirle a la República que a su amo. María Rafaela Guardia.

Cuartel General en Caracas, agosto 2 de 1821.

BOLÍVAR”



LAS BATALLAS ESPIRITUALES

Es fama que Ambrosio Plaza persiguió durante un trecho, al frente de la Tercera División, al inmortal batallón Primero del Valencey, toda una institución de las guerras europeas que, al promediar de la batalla dentro el campo, comienza su legendario repliegue en orden, buscando encontrarse con Morales y De la Torre. En un punto del camino el batallón Infante le cierra el paso a la división patriota. Plaza se entrega en persona y con su gente a despedazar al Infante. Pero la historia le tenía otros planes, otra forma de entrada a la inmortalidad, y es así como el cuerpo del coronel cae fulminado a balazos. Pero solamente el cuerpo: la energía espiritual, lo mismo que la masa física de las cosas existentes, no muere, sino que se transforma.



Ese dato energético ha quedado por ahí, manifestándose de muchas maneras. Una manifestación puramente física es el monolito que en su honor levantaron en el punto donde cayó muerto el insigne combatiente. Otra manifestación físico-espiritual: a cincuenta metros de ese monolito conmemorativo se encuentra el altar espiritista más renombrado del Campo de Carabobo, y uno de los más respetados en toda Venezuela, a juzgar por las visitas multitudinarias que recibe en cada fecha clave del culto a María Lionza: el de Alejandrina Borges.

Alejandrina, curandera, rezandera y especialista en sanar los males del cuerpo y del espíritu, nació en 1931 y murió hace pocos años, a los 86 de edad. Era hija de María Anselma, otra referencia, materia y vínculo con el mundo o plano donde se desarrolla la actividad energética de los seres humanos después de la muerte. De María Anselma recibió el don y las potestades, y seguramente su abuela, nacida en el siglo XIX (aquí se empiezan a perder los nombres y los datos) se los transmitió a ella. Alejandrina tuvo encuentros o contactos con Ambrosio Plaza y con muchos otros espíritus de caídos en combate. Quien desglosa el árbol genealógico con esos datos básicos a la mano es quien también heredó dones y sapiencia, además del altar: la hija menor de Alejandrina, Carmen Borges.

Radicales y flexibles

Así como hay batallas del cuerpo físico hay también batallas espirituales, y de eso se trata precisamente la devoción: la fe es el salvoconducto de entrada al batallón donde se re-



fugian los creyentes de todas las religiones, cuando sienten el ataque o el acecho de fuerzas desconocidas, inquietantes o directamente malignas. Y en el Campo de Carabobo esa disparadera de flechas metafóricas y de las otras se siente. Se siente, y se percibe en la proliferación de cultos y templos de todo pelaje: iglesias católicas y una variedad de cultos pentecostales “radicales y flexibles” (así me lo explicó Yasmín, quien fue cristiana practicante hasta que la familia, y las hermosas y volátiles propiedades de la carne mundana, la obligaron a abandonar el culto: hay unos cristianos más permisivos y relajados que otros, con eso de las normas mundanas). Al llegar al sitio nos dieron posada y dormitorio en el Campamento Nacional Bautista, una congregación de personas muy gentiles que nos solicitaron no juntar a las hembras con los varones durante la pernocta. Y no beber, fumar, andar descalzos: muy gentiles.

Al salir de allí rumbo a La Pica, comunidad aledaña al sitio donde cayó Ambrosio Plaza y que por esa razón lleva su nombre, atormenté un buen rato a mis compañeros del autobús en que viajamos con un programa radial de cristianos pentecostales: Ríos de Agua Viva, un curioso programa donde se tratan temas bíblicos y de la moral ciudadana actual, con la participación de niños de 10 a 14 años de edad: la legión pentecostal entrenando a sus tropas rumbo al futuro. Como estábamos y estamos conmemorando una batalla desarrollada en ese lugar hace 200 años, no aguanté las ganas de mostrarle ese trapo rojo a Carmen, a ver si lo embestía. Le conté que durante ese programa habían dicho que la gente desesperada y desorientada a veces se refugiaba en la brujería, “en esos cultos”. Carmen comentó, sin torcer ni

un milímetro la sonrisa eterna que alguien o algo le esculpió en la cara, que su mamá era tan conocida y respetada en toda la zona que, bajo su influjo, no solo se replicaron y multiplicaron los altares en todo el Campo de Carabobo, sino que jamás ni ella ni su familia han tenido problema o conflicto alguno con gente de ninguna otra religión.

Carmen declara que su experiencia y saber heredado le han permitido curar casos de culebrilla y ensalmar a los niños que le llevan, pero solo eso. Dice que su hermano tiene más experiencia y destreza en materia de sanaciones, pero ninguno llega al nivel de excelencia de Alejandrina, quien operó milagros y prodigios de los que todo el mundo en la zona habla con fervor. Carmen cita el caso de un señor que había quedado incapacitado para caminar en un accidente, y Alejandrina resolvió el caso en varias sesiones. El hijo de Carmen también heredó el don y se aplica a resolver asuntos sencillos, igual que su mamá: el batallón de los hijos de María Lionza también se entrena para el futuro.

“Hago el bien”

Su don se manifestó a los 14 años, durante un “baile en candela” en Sorte, una de las pruebas cruciales para toda materia (persona con dones dignos de desarrollarse dentro del espiritismo). Se colocan brasas ardientes y vidrios, y las materias, cuando les bajan los espíritus, si se transportan correctamente, bailan encima del jolgorio punzo-cortante-



ardiente a pie descalzo, en un ritual que es la verdad del espiritismo, y es fama que al final del ceremonial no recuerdan haber zapateado en ese candelero.

Josefina, a quien ya el Negro Felipe le había detectado su condición de materia a los 9 años de edad, iba con un cultor que le informó a los presentes que ella, esa niña de pelo largo que le llegaba hasta las rodillas, iba a participar en el baile. Ella se espantó tanto o incluso más que las autoridades presentes: “Estaban la PTJ, la DISIP, la Guardia Nacional, la Alcaldía, la Gobernación. Cuando el señor que me llevó dijo que tenía una materia que iba a participar en el baile, y que era yo, le dije que si estaba loco, que yo no iba a meterme en eso. Las autoridades le dijeron al señor que él se hacía responsable de lo que me pasara, porque yo era una niña, y me llevaron a prepararme para el proceso de transportación. Y me transporté. Cuando bajé a tierra, que termino de trabajar, mi cuerpo estaba lleno de ceniza, me saqué un montón de partículas de vidrio de entre los dientes”.

A unos 500 metros del altar de Alejandrina, a media cuadra del cementerio, se encuentra el suyo. Con una conciencia meridiana del alcance de sus dones, cuenta que muchas veces trabajó con Alejandrina Borges, pero que al final cada una trabajó en sus respectivos altares. A ella también le hablamos de la forma en que los evangélicos de la radio se refirieron al culto espiritista; también Josefina evitó confrontar, y aseguró que ella respeta la religión de todo el mundo. Su altar tiene en ese lugar 45 años.

Una norma ética indestructible le impide cobrarle a nadie por una consulta o sanación. “Por esa razón por ahí me lla-

man y que 'La Bruja Pendeja'. Pero mi misión en la Tierra es ayudar a la gente, no ganar plata con mis dones, y así va a seguir siendo. Hago el bien, no el mal”.



ASÍ COMENZÓ LA DESTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

En estos días se ha descrito y analizado profusamente la jugada maestra de Simón Bolívar, consistente en evitar que el Ejército realista concentrara todas sus fuerzas en Carabobo, y que ocupara posiciones que comprometieran el avance de los republicanos. A tal efecto, las principales diversiones (estrategias de desconcierto y dispersión del enemigo) se ordenaron y ejecutaron así: Urdaneta desde Maracaibo cayendo sobre Coro; Cruz Carrillo avanzando sobre El Tocuyo y San Felipe; Bermúdez despedazando toda resistencia desde Oriente hasta el centro, con tanta furia que a todo el mundo le parecía que la principal misión de los patriotas era la captura de Caracas por parte del oriental.

Dicho así, aunque se ve claramente la tenaza, hacia cuyas múltiples mandíbulas mandó De

la Torre enormes cantidades de tropas, talentos y recursos, quedando en Carabobo con un contingente nada despreciable, aunque disminuido. Pero lo que mejor retrata la situación de fondo, la profundidad de la postración del Ejército español, son las cartas que se intercambiaron los principales jefes en esas semanas previas al combate decisivo.

El patrás-palanteo de Bermúdez

Entre mayo y junio Barlovento y Caracas se estremecen debido al agobio de Bermúdez y la inversión en tropas y recursos que los oficiales al servicio de España movilizan. El despliegue de fuerzas es de tal magnitud que casi logra opacar el avance de Páez y Bolívar desde Apure y Barinas hacia San Carlos. El 12 de mayo tiene lugar la Batalla de El Rodeo (Guatire), en la que Bermúdez derrota a los realistas y establece una importante base de operaciones a pocos kilómetros de Caracas.

Hasta allá envían los realistas sucesivos batallones, que entre derrotas y victorias deben sufrir con asombro la entrada del jefe oriental en Caracas el 14 de mayo. Pero no se detiene allí: el 20 avanza en busca del coronel Ramón Correa, nombrado en esos días capitán general interino, y lo derrota en El Consejo.

Y tampoco allí se detiene: la marcha triunfal de José Francisco Bermúdez llega hasta La Victoria, y no hay sino que calcular lo cansón que es ese viaje hoy día en carro, desde “Barlovia” (y desde mucho más allá, desde Oriente) hasta los valles de Aragua, para tener una idea de la hazaña del cumanés.



De la Torre, instalado en Carabobo, recibe la noticia de semejante barrida patriota y le ordena a Morales que se lance desde Calabozo hasta allá arriba y vaya a pararle el trote, mientras él mismo manda a un batallón desde Carabobo. Por si no se han dado cuenta, en este punto funciona el duende, el genio de Bolívar: el desplazamiento de Morales les facilita el viaje a él y a Páez desde Barinas, y de paso De la Torre se desprende de un buen contingente de guerreros: ya Bermúdez puede meter retroceso y darse el lujo de perder un par de combates, qué carajo: su misión fue descolocar a los españoles, y vaya si los descolocó.

Y en efecto pierde más de una vez, primero en Las Lajas. Morales ocupa Caracas el 29 de mayo, muy contento porque creyó haber derrotado la más importante maniobra republicana. Solo después se entendería de qué se trataba esa correteadera de Bermúdez por todo el centro del país, por qué corría con tanta furia “p’alante y p’atrás” (el propio patrés-palanteo). El 23 de junio de 1821, un día antes de Carabobo, todavía jodiendo y molestando por Caracas, fue “derrotado” junto con Carlos Soublette en El Calvario. Pero a los españoles no les dio tiempo ni de celebrar.

Sobre la entrada de Morales a Caracas el 29 de mayo le escribía Ramón Correa a De la Torre: “Morales salió esta mañana para Petare con el motivo de haber sabido que Saraza entró en Ocumare a pesar de que él lo dudaba, por haber tenido noticias del alcalde de Yare de que no había novedad en aquel Valle. Pereira persigue a Bermúdez con su Batallón y un Escuadrón de Húsares mas ignoro si lo alcanzara. Morales me dijo que había oficiado a Iturbe para que se hiciese cargo de la plaza de La Guaira, pero si aquí

no quedan algunas tropas tendrá que abandonarla yo subsistiré en la capital, si me considero con alguna seguridad, pues de lo contrario sería exponerme sin provecho”.

“El disgusto general de los pueblos...”

Mientras los militares hacían lo que sabían hacer, que era pelear, debajo de sus pies gritaba de dolor un país que no solo a tiros y bayonetazos se desangraba. De la Torre le escribe al secretario de Estado y del Despacho Universal de Guerra el 15 de junio de 1821, informándole de algunas cuestiones directamente relacionadas con las acciones bélicas. Por ejemplo, que en Cumaná, Clarines, Barcelona y Barinas los realistas se han sublevado o rendido y pasado al bando patriota. En Apure la situación fue más grave y dramática, pues “el escuadrón del Apure que sublevado a favor de la insurrección intentaron sus individuos dar muerte a su Comandante D. Francisco Arroyo...”.

Y le completa de esta manera el cuadro dantesco, ya no del Ejército realista, sino del país en general: “Este accidente y el disgusto general de los pueblos porque se les quita lo poco que ya tienen para su parca subsistencia por el corto círculo a que hemos quedado reducidos y éste arruinado, me hace prever que es precaria la permanencia del Coronel don José Pereira que con una Columna toda de naturales obra a las inmediaciones de Caracas, para impedir la nueva incursión que intentan hacer de ella los enemigos; siendo tal el desaliento de los buenos vecinos que están extrayendo, así como los de la Guaira todos sus intereses para salvarse con ellos en puntos distantes de este continente”.



“Debiendo considerarse como concluida de la hacienda pública de Venezuela”, continúa De la Torre, “es de absoluta necesidad que la Diputación Provincial decrete contribuciones para sostener al Ejército; que es decir arruinar de una vez la agricultura y el comercio por medio de las exenciones o estimular al abandono del país de aquellos que aún conservan algún resto de sus crecidas fortunas (...) por todas partes veo anunciado mi próximo embarque a que me fuerza la imperiosa necesidad, si no se me auxilia prontamente con hombres y dinero particularmente lo segundo (...) reitero a V. E. que no es posible sostener a Venezuela del modo en que me encuentro, ni tan sólo la importante Plaza de Puerto Cabello”.


La “acción decisiva”

Aunque desconcertado, no se le escapa a Miguel de la Torre que algo grave está por ocurrir. Y cuando se lo manifiesta a Pereira, su jefe de operaciones en Caracas, lo escribe en términos tan dignos, señoriales y optimistas que, a la distancia de estos siglos, no resulta sino admirable. Así se expresa el general que va a ser derrotado, el 4 de junio, desde Valencia: “No olvide V. enviarme la Compañía de Hostalrich que tiene Aboy luego que haya batido a los enemigos. Los que se hallaban en Apure, Barinas, Barquisimeto y Coro, se reúnen estando ya Bolívar en San Carlos (...) Voy a concentrar las tropas y a dar una acción decisiva que los deje en incapacidad de molestarse hasta que se concluya el invierno

que ya empieza a sentirse. Obre V. con actividad en esa parte porque así lo exigen las circunstancias. También me enviará V. al Rey; pues batidos los que tiene V. al frente no son necesarias tantas fuerzas sobre la Capital". Tarde piaste, De la Torre: claro que no eran necesarias. Las necesitabas en Carabobo, pero comiste finta del Genio de América.



EL IMPERTÉRRITO CORONEL Y SU ESCUADRÓN SAGRADO



Hablar de la Batalla de Carabobo es, sin dudas, coincidir en el genio estratégico del Libertador Simón Bolívar, las grandes cualidades militares del general José Antonio Páez y el arrojo de sus llaneros, la estoicidad de la Legión Británica y el derroche de valentía demostrado por todo el grueso del Ejército patriota. Sin embargo, poco se habla de algunas unidades y personajes que fueron de gran importancia en el desenlace de la contienda. Un ejemplo es el caso del Escuadrón Sagrado, que actuó en la épica batalla bajo el mando del coronel Francisco Aramendi, a quien, por cierto, la historia oficial le ha jugado una mala pasada, al punto de casi ser invisibilizada su relevante participación durante toda la Guerra de Independencia, y particularmente

en la Batalla de Carabobo, donde tuvo una actuación destacada.

Francisco Aramendi, guerrero patriota nacido en Nutrias, estado Barinas, en 1791, se destacó en innumerables combates desde 1814. Pelea en Mata de la Miel, El Yagual y Los Cocos, en 1816. En la Batalla de Mucuritas, en 1817, haciendo derroche de temeridad, salta con su escudaron sobre la sabana incendiada derrotando a las sorprendidas y aterrizadas tropas enemigas. En 1818 estuvo a punto de matar al general Morillo en Calabozo, si no es porque se interpone un edecán y recibe el lanzazo para salvar a su general. Ese mismo año de 1818, se destaca en la acción conocida como la Toma de las Flecheras, en la que junto a 25 llaneros, a nado con sus caballos, tomaron varias embarcaciones realistas armadas en el río Apure. Es el segundo hombre de importancia en la heroica acción de Las Queseras del Medio el 2 de abril de 1819.

Las tropelías del impertérito

Aramendi era un oficial feroz, vehemente y algo indisciplinado. Tuvo violentos encontronazos con varios oficiales, incluyendo al general Páez. No obstante, el Centauro del Llano siempre fue su gran benefactor. A causa de su disciplina, en mayo de 1819 estuvo a punto de ser fusilado por el Libertador, después de que se fuese a las manos con el general Manuel Cedeño luego de la derrota en la Batalla de Laguna de Patos. A los pocos días de ser detenido se escapa y regresa a las tropas del general Páez bajo su protección. En 1817 se bate a duelo en Achaguas con el comandante



patriota Calixto García y lo mata a estocadas. En 1819 tiene un altercado con el coronel Miguel Guerrero y estuvo a punto de matarlo con un trabuco. Ese mismo año riñe con el general Miguel Vázquez. Luego del triunfo de Carabobo, Vázquez es nombrado gobernador de Caracas, y durante un baile en honor a los libertadores en esta ciudad, tienen nuevamente una discusión que termina en un duelo donde Aramendi es herido en una mano. Se cuenta que estaba conjurado con el capitán Leonardo Parra, para hacer una revolución contra los blancos.

En junio de 1819 es nombrado comandante del Regimiento de la Muerte, donde continúa cometiendo actos de indisciplina. Se le acusa de no cumplir órdenes, se le responsabiliza por la pérdida de varias partidas de ganado y es destituido en julio de 1820, hasta que en junio de 1821 es puesto a la cabeza del Escuadrón Sagrado.

Fue organizado en San Carlos entre el 15 y el 20 de junio de 1821, específicamente para pelear en Carabobo. Era un escuadrón de caballería de línea, encuadrado como la única unidad de caballería de la Segunda División. Se le atribuye su nombre porque estaba conformado en su totalidad por oficiales “sobrantes” o que no tenían unidades bajo su mando directo en ese momento. Estaba comandado por el intrépido coronel Aramendi; el segundo comandante era el teniente coronel inglés Brooke Young. Eran alrededor de 100 a 150 jinetes. Una particularidad es que todos portaban uniformes de color rojo, incluso las botas y se dice que montaban caballos blancos, pero este último dato no se ha podido confirmar.

La Segunda División toma la entrada por el camino real y sube a la llanura. El Libertador en su parte de la Batalla de Carabobo se refiere en estos términos: "... el Escuadrón Sagrado que manda el impertérrito coronel Aramendi a las órdenes del general Cedeño...". Se lanza contra el Batallón Barbastro, el cual tuvo que rendirse. Páez se les une y juntos atacan al Valencey que se forma en cuadro y resiste. El Sagrado hace derroches de valentía en la persecución de los realistas hasta Valencia.

El Escuadrón Sagrado fue desactivado el 27 de septiembre de 1821. La mayoría de sus integrantes volvieron a sus antiguas unidades o murieron. En 1823 se concedieron premios a los que participaron en Carabobo y la lista del Sagrado es de apenas 17.

La última batalla

A raíz del violento altercado con el coronel Vázquez en Caracas, Aramendi es enviado a Guasdalito como comandante de armas, donde choca con el gobernador, su antiguo enemigo, el general Miguel Guerrero. A causa de este incidente es asesinado en 1822, mientras dormía en el corredor de su casa junto a su esposa en una hamaca. El mismo Guerrero le confiesa al Libertador en una carta, que le había mandado a matar y aduce una gran cantidad de razones para hacerlo. A pesar de que no le dieron chance de defenderse y le cortaron el brazo derecho, logró estrangular a uno de sus asesinos con su siniestra.

La patria venezolana le debe mucho a este legendario guerrero, el adalid de los lanceros de Páez, que a pesar de



su controversial existencia fue de una ayuda incalculable para su emancipación. Citando a don Eduardo Blanco: “Aramendi solo, valía por un regimiento”.



SOLDADOS DESCONOCIDOS

Tal vez el teniente Pedro Camejo, “Negro Primero”, sin haber sido oficial superior, sea el guerrero más conocido de los participantes de la épica Batalla de Carabobo. Quien visita la tumba del soldado desconocido en el Campo de Carabobo, afirma que es el primero que le viene a la mente. No obstante, resulta interesante cuando se estudia este episodio de nuestra historia, conocer el perfil de otros combatientes de rangos bajos y medios: los vergatarios que estaban en la primera línea de fuego. Estos gladiadores provenían de distintos pueblos de Venezuela, Nueva Granada, Quito, Perú y Europa. De los importados de esta última procedencia encontramos a Thomas Farriar, el valiente comandante de los Cazadores Británicos y a Daniel Florencio O’ Leary, edecán del Libertador y cuyas

memorias de la Guerra de Independencia constituyen uno de los documentos históricos más importantes relacionados a este hecho. Vino también mucho personal de tropa. Estos hombres demostraron gran compromiso con la libertad de nuestro pueblo y una sólida disciplina. Eran, en su mayoría, veteranos de las guerras napoleónicas con una formación militar bien aprendida y probada en los campos de batalla del viejo continente.

En contraposición, los soldados nativos de estas tierras tenían a su favor el conocimiento de todos los rincones de la particular geografía donde se desarrollaban los acontecimientos. Su ferocidad, patriotismo, magnífico manejo de la lanza y, en muchos casos, su estrecha simbiosis con el caballo los hacía dueños de la llanura y temibles adversarios. ¿Cómo no mencionar, cuando se habla de la Batalla de Carabobo, al teniente José Milano? Este valeroso luchador, nativo de Carúpano, pasó a la inmortalidad aquel Día de San Juan de 1821. Lo encontramos combatiendo desde 1813. Alcanzó el grado de teniente luego de su destacada actuación en la gloriosa acción de Las Queseras del Medio. Ya como teniente de caballería de la Guardia de Honor, en la Batalla de Carabobo participó en la carga que decidió el combate, donde una bala enemiga hizo estragos en su humanidad y no logró ver el triunfo de las armas patriotas.

Un incidente conocido de la Batalla de Carabobo es el sucedido con el general José Antonio Páez cuando sufrió un ataque de epilepsia en pleno fragor. Es sabido que fue auxiliado por un oficial español llamado Antonio Martínez, pero allí se encontraba también el soberbio teniente de caballería Alejandro Salazar, quien lo montó en su caballo y

en ancas lo sacó del campo de batalla. Una vez recuperado lo acompañó a la carga final.

Salazar nació en los valles de Aragua, participó en la guerra desde muy joven y era conocido con el remoquete de "Guadalupe". Se distinguió como un formidable y aguerrido jinete y por ser el primer voluntario en las acciones más temerarias, sobre todo en las que involucraban pasar un río a nado con el caballo.

Otro legendario guerrero que hace derroches de coraje en la batalla cumbre de nuestra Independencia fue el bravío teniente coronel Juan Ángel Bravo. El "Bravo", luchó con tanta entrega, ferocidad y dominio del campo, que luego del combate se veían en su uniforme las señales de catorce lanzazos, sin que ninguno llegase a herirlo. Esto hizo al Libertador decir que este héroe merecía un "uniforme de oro".

Bravo era oriundo de El Sombrero, estado Guárico. Hijo de un indio y de una zamba libre: José Laurencio Bravo y Francisca Aurelia García. Se incorporó al Ejército patriota en octubre de 1816 como soldado raso en la Toma de Achaguas, y apenas tres meses después, el 1 de enero de 1817, es ascendido a sargento primero, luego del encuentro de Palital. Su carrera militar fue brillante, participando de forma destacada en cientos de escaramuzas, acciones y batallas. Murió de 55 años a causa de elefantiasis.

Un caso curioso, pero más común de lo que se puede imaginar, fue el de Alejandro Flores, un combatiente que no ascendió de grado pese al valor que demostró. En Carabobo lo encontramos como soldado de la Segunda Compañía del Regimiento de Honor. De origen humilde y proba-

blemente analfabeto, este centauro debe haber terminado sus días en algún lugar recóndito de Venezuela.

Otros combatientes que participaron en Carabobo fueron: el cabo primero Ramón Flores, plaza de la Primera Compañía del Regimiento de Honor. El lancero Ramón García, natural de Pamplona, Nueva Granada, a quien encontramos en el Tercer Escuadrón de los Lanceros de Honor. El sargento segundo Santos Palacios, quien formaba parte del Escuadrón de Dragones; veterano de Pantano de Vargas y Boyacá. El angostureño Francisco Lozada, quien participó en la batalla como sargento primero de la Primera Compañía del Regimiento de Honor. José Bravo, otro neogranadino, cabo primero del Primer Escuadrón del Regimiento de Honor. El teniente Pablo Lovera, también oriundo de la Nueva Granada, luchó bajo las órdenes directas de Páez en la Primera División. El subteniente José Antonio Hurtado, nacido en los Valles del Tuy, se batió con arrojo en el Escuadrón de los Húsares de la Guardia.

La lista de “soldados desconocidos” es bastante amplia pero, lamentablemente, este papel no lo aguanta todo, y además tampoco existe el suficiente para hacerle honor a estos grandes héroes que regaron con su sangre el fecundo campo de batalla donde se sellaría la libertad de Venezuela.

Juan Uslar y los rifleros

Uno de los héroes importados de gran importancia para el logro de nuestra Independencia fue el coronel de origen alemán Johann Uslar, quien peleó en las guerras napoleónicas en las filas del ejército inglés, y en la Batalla de Ca-

rabobo como comandante del Batallón de Granaderos de la Guardia.

Entre otros aportes a la causa independentista, es el responsable de haber creado el primer cuerpo de rifleros que participó en la guerra bajo las banderas patriotas en 1818. Dicha unidad estaba compuesta por voluntarios ingleses y alemanes, y es la génesis del gallardo Batallón Rifles, el mismo que se cubriría de gloria en el campo inmortal de Carabobo al mando del teniente coronel Arturo Sandes, en las filas de la Tercera División.

El Batallón Rifles es organizado oficialmente por el general José Antonio Anzoátegui en Angostura en 1818 y en principio lo comandaba el oficial británico Pigott. Constituido por indios de las Misiones de Guayana, llevaba ese nombre por el tipo de armamento del que estaba dotado: el rifle, que a diferencia de las armas de fuego comúnmente utilizadas en esa época, era de ánima estriada, es decir, la parte interna de su cañón tenía canales en forma helicoidal. Esto le otorgaba mayor alcance y precisión, pero su recarga era más lenta que la de los mosquetes convencionales de ánima lisa. Eso ocasionó que su bautizo de fuego fuese nefasto: ocurrió durante la acción de La Gamarra, en 1819. Los indios, poco prácticos aún en el manejo de su nueva arma, al no lograr hacer la segunda recarga, se desbandaron ante una vigorosa carga de bayoneta de la infantería española. Pese a este revés, el Rifles se reorganizó y en las campañas subsiguientes fue una unidad temible, resarciendo con creces este primer descalabro.



ENTRAMOS EN OTRO BICENTENARIO

El 2 de junio apareció en este espacio una nota titulada “Los libertadores debieron negociar con el hampa organizada”, en la que escribimos lo muy básico y algún comentario superficial sobre la guerrilla de Los Güires y sobre José Dionisio Cisneros, bandoleros que se hacían llamar realistas y que mantuvieron en jaque a la República durante una década contada a partir de la Batalla de Carabobo. Un día después la docente, investigadora y especialista en temas africanos y afrovenezolanos, Lilia Ferrer, comentó lo dicho en ese artículo con estas palabras:

“Qué triste día para leer en un diario oficial de la República Bolivariana de Venezuela que a los 'Libertadores' les tocó luchar, después de la Batalla de Carabobo, en contra del hampa organizada integrada por 'ne-



gros, pardos e indios", dejando por fuera del análisis el incumplimiento del compromiso de Bolívar con Petion sobre la abolición de "hecho y de derecho" de la esclavitud en Venezuela. Murió Bolívar en 1830 y este compromiso de 1816 no lo vio cristalizado. Ahora resulta que el 'Coqui' es el heredero del hampa antirepublicana de 'pardos, negros e indios' de 1821-1831.

Lo mismo dijeron de José Leonardo Chirino en 1795 y en el juicio que lo llevó a la horca y a que le cortaran la cabeza y manos y su familia vendida y extraviada en el 'mercado negro' de la trata esclavista: que era un asesino y otros anti-adjetivos aquí irreproducibles.

Ni la delincuencia en Barlovento y la Cota 905 tiene similar inspiración a las acciones que los Güires llevaron adelante -siendo señalados de antirepublicanos y asesinos- ni la independencia colonial fue sinónimo de abolición de esclavitud y mejores oportunidades para las castas inferiores. Las 'castas inferiores' aspiraban liberación, que no fue cumplida ni por republicanos ni por realistas.

¡Lo mismo que hace 200 años atrás, exigimos reparación histórica, no criminalización! Qué triste día y flaco favor a la historia insurgente...".

A pesar de que el lacerante comentario fue dirigido al autor de la mencionada crónica (al pobre hijo de Ezio Duque y Natividad Canelón) debo señalar que la observación de la profesora Lilia es correcta. En rigor, el fenómeno que estalló y se entronizó en los alrededores de Caracas (guerrillas y bandas atrincheradas en una zona montañosa impenetrable y custodiada por el pueblo pobre, así sus jefes se llamaran "realistas" para dejar claro que no obedecían al nuevo



gobierno) no hubiese prosperado si la muy promocionada “libertad de los esclavos” se hubiese cumplido al pelo, sin dilación ni letras chiquitas.

El Gobierno de Colombia mantenía alrededor del tema una inestable y volátil posición; en otro artículo reseñamos la actitud generosa de Bolívar con algunos esclavos (los de su familia, por ejemplo) y en cambio les ordenaba a otros devolverse a trabajar con su amo “original”, del que habían huido para ir a pelear por la libertad. Menudo rollo e incongruencia, difícil de entender incluso teniendo en cuenta el comodín de la real politik.

Justo a partir de la posición del reclamo de la profe Lilia hay que ubicarse en el contexto posterior a Carabobo, porque esa posición cabalga sobre una defensa y una perspectiva clasista y emancipatoria de la Historia. Personalmente, y tal vez contrariando la perspectiva de la investigación más honda y completa que existe sobre el tema (“La fiel guerrilla del rey”, de Jorge Berrueta y Álvaro Arismendi), creo que ese movimiento de guerrillas fue una especie de renacimiento del espíritu rompedor de estructuras de 1814 (Boves y la guerra social), que no era ni lejanamente realista, aunque bajo esa bandera y ese uniforme salieran al campo de juego, sino de rebelión de clases y castas.

El “ejército” de Boves, lo mismo que Los Güires y el clan de Cisneros, era un Ejército Popular de Liberación, por componente social y por el foco histórico de su activación. Pero (y acá seguramente volverá a molestar a Lilia, pero qué le vamos a hacer) también eran bandidos y delincuentes. Que la casta de propietarios se haya merecido y se haya buscado el despedazamiento al que lo sometió el pueblo es otro

cantar, pero las cosas que hacían Los Güires (y Cisneros y Boves) eran más criminales que gloriosas.

Se acabó la Batalla de Carabobo. ¿Y ahora?

Ganan los republicanos, Bolívar se marcha al sur, Páez se enseñorea de este trozo llamado Venezuela, los realistas montan su taguara principal en Puerto Cabello e irradian su influencia sobre Coro y Maracaibo. Y alrededor de Caracas crecen las mencionadas bandas y comunidades cimarronas, cumbes, palenques de todo cuño; en esa tenaza que comienza en Barlovento, se acerca a Petare y Baruta, se prolonga hacia lo que hoy conocemos como Guatopo, Altagracia de Orituco, Valles del Tuy, sur de Aragua y hasta El Sombrero, se alzan y convierten en jefes del pueblo más empobrecido antiguos oficiales al servicio de España.

Esos grupos vandalizaron todo ese territorio y devastaron la economía hasta tal punto que Bolívar y los jefes independentistas, ahora gobierno republicano, detinó sucesivos cuerpos del ejército a la destrucción de esos jefes y su tejido social: la “Columna de Operaciones contra Cisneros” tenía como instrucción concreta de Bolívar exterminar a ese caudillo y a sus hombres. Pocos meses antes de morir (1830) todavía El Libertador le preguntaba y reclamaba a Páez por las dificultades que tenía para liquidar a esa banda y a ese jefe específico. El general más brillante del continente bajó al sepulcro, pero no tan tranquilo, porque ni Páez ni nadie pudo neutralizar a Cisneros. Una de las razones pudiera ser operativa: Páez era una máquina de destrucción de ejércitos con su caballería, pero los caballos no servían para nada



en la selva espesa y en la montaña escarpada que ocupaban Los Güires, Cisneros, Centeno y otros.

La otra razón es de tipo histórico-social: los jefes no podían ser capturados porque cada vez que el FAES intentaba entrar a la Cota 905 el pueblo les avisaba que ahí venía el gobierno, y cuando el pueblo se pone de un bando (de cualquiera) ese bando tiene casi toda la pelea ganada. Si quieren me perdonan el truco narrativo. Y si no, pues no.

Tarea pendiente, para el sucesor o continuador del Correo de Carabobo: armar un Correo de Los Güires y entrompar sin complejos la tarea de conar la historia desde el pueblo, y no necesariamente desde los próceres y genios militares.

Misión cumplida y por cumplir

Como equipo de investigación y de redacción pudiéramos dar por concluido, sin ninguna contradicción o sentimientos de culpa, el ciclo que le dio sentido y justificación a esta página o sección, bautizada con un nombre que seguramente le hace honor a la tarea cumplida. Aquí informamos sobre los eventos, la gente y el espíritu que movió a toda una maquinaria de liberación, y hay varios testimonios que nos indican que tal vez o probablemente, no lo hicimos del todo mal. No está de más echarnos encima el coroto imperpetinente que significa regodearnos en los dos premios obtenidos por este equipo, por ahora: una Mención Especial en el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, y el Premio Aníbal Nazona.

Pero aparte, y más allá de ese hecho nada despreciable del reconocimiento gremial o institucional, está la verificación de que mucha gente se informó, se conmovió, se hizo y nos hizo preguntas, se conmovió y no salió “ilesa” del fuego disparado aquí en forma de datos y puntos de vista. Así que la misión ha dejado frutos.

Va el abrazo fraterno de toda la gente que hizo de esta página un aula, sala de proyección o conversa necesaria.

